

## **Encierros ornados**

12 Relatos de Francesco Vitola Rognini.

Obra registrada en la Oficina Nacional para los Derechos de Autor con el número: 10-693-375

Conoce al enemigo, conócete a ti mismo y tu victoria nunca se verá amenazada. Conoce el terreno,  
conoce las condiciones meteorológicas y tu victoria será total.

**Sun Tzu, El Arte de la Guerra**

But man is not made for defeat. A man can be destroyed, but not defeated.

**Ernest Hemingway**

1. A vista de perro.
2. La vida es un cubo Rubik.
3. La niña probeta criada por lesbianas.
4. Esquizofrenias.
5. El último sermón.
6. El patio Gonzo.
7. La colonia con síndrome de Estocolmo.
8. Luego de la siesta.
9. Misivas que son testamento.
10. Escapes que son refugio.
11. Billy Joe Bierce.
12. Encierros ornados.

## A vista de perro

### I

Bellaquería, subyugante ciudad procesadora de carne humana, el loco que escribe bajo los árboles tiene unas palabras para ti:

Verte siempre *nice* hizo que perdieras tu alma. Al principio la vanidad inagotable te hizo querer ser La Floridita: *Full* de clínicas estéticas, casinos, restaurantes y moteles. Luego, con la crisis, en cuestión de meses el paraíso tropical pasó de seguir las leyes del mercado a obedecer las leyes de la selva. Ciudad de bellacos, no eres dueña de ti misma, tocaste fondo, te corrompiste, no hay vuelta atrás.

Tu nivel de intolerancia empeoró cuando las Fuerzas de Control de Urbain Beleño enfrentaron una temporada de sabotajes dirigida hacia la red eléctrica. Era todo lo que necesitaban para justificar su plan de limpieza social. Las malignas rondas nocturnas son desde entonces su marca registrada. Entre 2 y las 4 A.M es mejor no estar en la calle. Luego de investido el presidente Beleño comenzó a vérselos rondando tus calles, siempre enlutados, cubriéndose las manos con guantes y la cara con pasamontañas, luciendo fusiles de asalto G 36 que te pueden cortar a la mitad con una ráfaga. En Bellaquería los ciudadanos «de bien» se encierran en conjuntos residenciales fortificados, vigilados por guardias armados. Ellos no quieren saber lo que pasa en las calles. Saben que es una guerra, que las calles son peligrosas, que la gente sin recursos tiene hambre. Por eso circulan en vehículos todo terreno blindados, y tratan mejor a los perros callejeros que a los indigentes.

Pero yo puedo ver a través de ellos. Detrás de su máscara de lujo y seguridad se oculta el miedo a volverse inútiles a la sociedad. Ellos saben que la gente vacía es propensa a perder la cabeza. El ego es insaciable, les lleva a arriesgarse demasiado, siempre quieren ganar, les encanta competir.

Escribo esta carta para dejar constancia de lo extralimitadas que están las funciones de esos matones. He dejado otras 9 desperdigadas en varios lotes baldíos. Son similares, pero tienen diverso contenido. Cada una de ellas está escondida dentro de una

botella de vino, envueltas en bolsas plásticas y amarradas a las ramas del árbol más alto del lote. Con un poco de suerte, una de estas cartas llegará a las manos de la persona indicada y se abrirá una investigación oficial.

No sé cuánto tiempo más necesitarán para exterminarnos, pero sus sistemas de aniquilación son cada vez más efectivos y brutales. Las Fuerzas de Control, las «fuerzas oscuras», son implacables y obedientes a su amo. Además de sembrar la ciudad de panfletos cargados de intolerancia y mala ortografía, acechan vagabundos durante la madrugada. Atacan la cabeza con ácido sulfúrico y luego rocían el cuerpo con gasolina. Dependiendo de tu suerte, pueden o no, lanzarte un fósforo encendido. Esos psicópatas son una amenaza directa contra mi existencia.

Esta es la carta número 10; dormiré conmigo hoy entre los escombros de la capilla del colegio donde estudié la primaria. Los carteles publicitarios prometen dos rascacielos y una ciudadela. De aquí a cinco años será común que caigan pájaros del cielo luego de estrellarse contra las moles reflectoras. Las antiguas canchas de fútbol serán reemplazadas por una ciudadela auto sostenible, que incluirá una piscina de olas y un jardín tropical en la azotea. Nunca se hará justicia por los cientos de niños castigados que tuvieron que formarse bajo el sol. Nadie perseguirá a los corregidores que aplicaban el método de «la letra con sangre entra». El maltrato físico y psicológico vive en mi subconsciente. Memorizar, repetir, obedecer: «Camina en fila india, sin salirte de la línea amarilla»; «lleva el cabello corto, que no pase de las cejas»; «sólo habla cuando se te pregunte algo». Una educación centrada en las matemáticas, que despreciaba las artes y la necesidad del ocio. Me hice por oposición a esas imposiciones. Desde entonces me tocó nadar contra la corriente.

Puede que esta sea la última noche de esta tortuosa espera. Cada noche puede ser la última, cada carta mi último testamento. Por eso firmaré con nombre propio y número de identidad, estas son las palabras de un hombre que teme por su vida.

Mañana, si despierto, iré a una avenida concurrida y mendigaré hasta conseguir unas monedas. Estiraré la mano, miraré pasar los zapatos de los peatones e imaginaré las vidas de esos transeúntes. Con lo recolectado compraré un pastelito de guayaba, una avena y un par buñuelos...La felicidad requiere tan poco.

Los ultraconservadores no quieren que nada cambie o quieren solucionar todo coercitivamente. Su mentalidad de ungidos por la mano de Dios, mentalidad narcisista, ha transformado a Bellaquería, niña malcriada y vanidosa, en una adicta macilenta.

Atte.: Maximiliano Dumas. C.C 42099920.

## II

El médico forense levantó la mirada del documento medio carbonizado, buscó una bolsa para evidencias en su escritorio y guardó con cuidado la libreta. Se quitó los guantes quirúrgicos, los botó en la basura, abrió una agenda negra que reposaba sobre el escritorio y escribió: «Un cuaderno carbonizado acompaña al cadáver. Se emplearon corrosivos químicos, gasolina y fósforos de madera. Todo apunta a un homicidio premeditado. Junto al cuerpo encontramos evidencia que indica que el sujeto podría llamarse Maximiliano Dumas.»

Antes de terminado su turno el médico forense se aseguró de dejar bajo llave la evidencia. La agenda negra en la que escribían los resultados de las autopsias pasó a manos del médico que lo reemplazaba a esa hora, un doctor recién graduado con honores en una universidad polaca. Intercambiaron saludos formales, no hubo tiempo para más, llegó otro cadáver carbonizado y el recién graduado se dispuso a trabajar.

En la casa su esposa roncaba bajo los efectos del somnífero habitual, pudo escucharla al entrar por la puerta principal. Se duchó y se metió a la cama. Su esposa cambió de posición y siguió durmiendo, ahora sin ronquidos.

A las 8:06 sonó el teléfono, era Dimitri Gomedov, de la Interpol. Tras los saludos habituales, explicó:

—Dr. Carpenter, el indigente carbonizado que recibió hoy es el número 99 según las cuentas oficiales, anoche esas cifras se dispararon a 112. Sabemos que el número 99 es Maximiliano Dumas; la embajada rusa contactó a la Interpol y quiere capturas. El señor Dumas dejó una bitácora detallada, con pistas de los agresores, necesito que la asegure.

—Así es, ¿cómo supo su nombre o que dejó algo escrito?

—Basándome en su historial. Era un experto en infiltración. Él solía hacer reportes minuciosos, era su especialidad. ¿Comprende la importancia que tiene resguardar esa evidencia?

—Sí, comprendo, pero no ha respondido mi pregunta, ¿cómo supieron que se trataba de Dumas?

—Doctor, usted desconoce el alcance de las redes de inteligencia de los rusos. Esa persona que fue uno de los mejores espías que hubo en los años ochenta, todos creían que era periodista. Comenzó su vida militar a los 15 años haciendo reconocimiento del terreno enemigo. Para que se haga una idea de cómo era el sujeto, celebró su cumpleaños 19 en un páramo, dictando un seminario de supervivencia en alta montaña. Tuvo que salir del país en el 2002 por presiones del entrante presidente ultranacionalista. El gobierno ruso piensa que fue un crimen político, hasta hace unas horas pensaban que Maximiliano vivía escondido en Brasil. Al parecer volvió a Colombia cuando se enteró de que su mamá estaba muriendo, entró ilegalmente por el Amazonas. La señora murió hace tres meses. Según parece estuvo mimetizándose con el disfraz de vagabundo. El Gobierno de Brasil está investigando a varios de sus agentes fronterizos, pero sabemos que eso no va a llevar a ningún lado. No es la primera vez que no saben explicar la presencia de brasileños indocumentados en Colombia. Confiamos en que ese documento nos señale a los responsables de su muerte. En cuando aterrice la delegación rusa iremos a verle.

El Dr. Carpenter se masajeó el entrecejo, y carraspeó antes de responder:

—Hago el turno nocturno. Búsquenme después de 7 pm.

## **La vida es un cubo Rubik**

A través de la puerta de cristal con vista al mar se corta la silueta de un hombre con sobrepeso. Está recién bañado, viste camisa y bermuda de lino. El sol hace resplandecer la vegetación luego de un chaparrón, las piedras de granito blanco que conforman los rompeolas relucen a la distancia. Xeng abre la puerta de cristal y sale a la terraza de madera, en cuyas barandas crece una huerta vertical. Corta un puñado de perejil, toma un ají verde picante y regresa al interior de la casa. Deja la puerta corrediza abierta y va hasta la cocina. Prepara una tortilla con cuatro huevos, tomate y cebolla. Mientras su desayuno se cocina a fuego lento él se sienta en una butaca a contemplar el horizonte.

Sobre el techo de una casa vecina una paloma lucha por desprenderse un pedazo de goma de mascar que tiene pegado al pico. Xeng permanece impávido concentrado en el sufrimiento del ave. Escucha cuando apagan la ducha. Pestañea, se levanta en dirección al refrigerador para servirse jugo de naranja y comienza a preparar café. Diomara aparece cubierta con una bata de toalla blanca y su cabello envuelto en una toalla azul, va hasta el sofá más acolchado y se desploma.

— ¿Café?

— Por favor... ¿Alguna vez pensaste que la diferencia entre el primer y el tercer mundo, es que hay un mundo de diferencia?

— ¿Hablas sola o me vas a explicar eso?

— Todos hablamos solos, lo que pasa es que no todos lo hacemos en voz alta.  
— Me gusta oírte animada... ¿Te gustó el Qat?  
— Algo, ¿se nota?  
— Me gusta cuando ríes. Tienes una sonrisa hermosa.  
— Siento un hormigueo que va desde la base de la columna hasta el clítoris. ¿De dónde viene este Qat?

— Mogadiscio... Si te parece podemos ir caminando hasta una playa cercana y nos bañamos un rato.

— Desayunemos y reposemos. En este momento disfruto de una noción recién asimilada. Mientras me duchaba entendí algo física cuántica y microbiología: estamos hechos de átomos formados con moléculas de carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, algo de azufre y fósforo. Y estamos poblados de organismos unicelulares.

— Te llegó «la verdad».

— Así parece... y tengo sed.

— ¿Mientras está el café quieres agua de coco?

— ¡Sí! ¿Qué horas son?

— Las 6:30 A.M. Más tarde salimos, ven siéntate. ¿Quieres comer?

— Yo no pienso salir por ahora.

— Algo de música es todo lo que necesitamos... Un chamán que nos guiaba en viajes de yagé que hacíamos en Juan de Acosta nos decía que cada tanto había que echar una mirada al infierno, para vencer los miedos.

— Mejor busquemos una película animada, encendemos el aire acondicionado y nos quedamos desnudos bajo las sábanas. Presiento que allá afuera me voy a derretir.

El ave perdió la batalla contra la muerte, no hubo testigos. Xeng desayunó con tranquilidad mientras su novia sonreía en el sillón. Una lancha con turistas usando chalecos salvavidas anaranjados surcó la bahía. Pasaron el día hablando, fumando. Almorzaron mariscos, y se pusieron serios con los Coco Locos a las 3 P.M. Al anochecer prepararon una ensalada de atún con papas cocidas, la comieron y se fueron a dormir.

A las 2:25 A.M. Xeng se despertó sobresaltado, los vellos de su cuerpo se le habían erizado y sus sentidos estaban crispados. Su compañera le preguntó que pasaba.

— Salgamos. Algo no está bien, presiento que va a pasar algo.

— Aún no amanece. No vamos a ir a ningún lado a esta hora.

— Es mejor que salgamos. No es seguro quedarnos aquí.

— No. Deja la locura. Déjame dormir.

— Pensé que te gustaba la vida nocturna.

— Tú dijiste hace dos días que salir no era «estratégicamente acertado».

— Eso fue hace dos día. Vamos al «Fat Rasta», ese bar del que tanto hablas.

— ¿El bar de ska?

— ¿Vodka?

— ¿Qué?

— Tzca, dijiste.

— Ska, como como el reggae, pero más acelerado.

— Ah, ok. Aunque sinceramente eso suena como a metedero de marihuana. Yo no quiero que me arresten por estar en el lugar equivocado, a la hora equivocada.

— ¿Entonces? Ya que me despertaste, ¿a dónde vamos?

— Podemos ir al bar de la *Tree House Reforestators*. Ellos construyeron una ciudadela en el desierto de la Guajira. Usando métodos de permacultura y piscicultura construyeron un oasis de huertas fértiles, un bosque de árboles frutales. Además de los cultivos hidropónicos en invernáculos instalaron paneles solares y molinos de viento para producir energía. Acá hicieron una casa auto sostenible en cuya terraza funciona el bar. Hace dos años venden sus propias cervezas artesanales. Tiene toda una variedad de brebajes, menjurjes y pociones. El asesor del chef francés es un indígena de la zona.

— ¿Estará abierto?

— Su lema es «Abrimos 24/7».

La conversación fue interrumpida por un corte en el suministro eléctrico, un transformador distante explotó y Diomara dio un grito desgarrador.

Xeng se zambulló en el suelo. Se arrastró hasta la caleta para armas que había construido bajo a mesa del comedor, sobre el techo se oyeron las pisadas de alguien corpulento.

Por la ventana entraron dos ladrillos a los que les habían atado bengalas, el gas de magnesio que liberaban envenenó el aire. Diomara corrió hasta el baño, humedeció una toalla y se cubrió la boca y la nariz, sobre los ojos se colocó unos lentes de buceo.

— Son los de la Sayeret Matkal -gritó Xeng-.

Al amanecer, no muy lejos de ahí, en otra bahía de pescadores y mochileros, cuatro pálidos extranjeros barbudos de ojos claros entraron a un hostel pintado de blanco con azul. En las instalaciones otros turistas blancos con la piel irritada por el sol y los mosquitos tomaban cervezas frías y se limpiaban los mocos -consecuencia de la fiesta descontrolada que habían tenido la noche anterior-. Miraban un partido de fútbol narrado al estilo colombiano, a toda velocidad. Del restaurante llegaba el olor a pollo asado, a pescado frito, a ensalada de lechuga y cebolla. Los recién llegados estaban hambrientos y agotados.

En la cocina se oyeron gritos y disparos, unos meseros salieron corriendo y los acribillaron por la espalda.

Los turistas corrieron hasta encontrarse con unos policías, que luego de oír la explicación repitieron al unísono, sin quitar la vista del hostel:

— Volvieron los de La Mossad.

## **La niña probeta criada por lesbianas**

Camelia era una de las diez mujeres que ocupaban la mesa. Fernando se fijó en su sonrisa lujuriosa y en las piernas que salían de su vestido rojo, corto hasta la mitad del muslo. Los zapatos rojos de diez centímetros de alto pedían a gritos un abrazo que la salvara cuando cayera del andamio. No había que ser un genio para adivinar lo que buscaba. Fernando notó que las mujeres celebraban la despedida de soltera de su mejor amiga, Libia, futura ex esposa de Alex Chamizo, propietario de una cadena de compraventas en el centro de Bellaquería. Supo que era ella porque vestía de blanco y llevaba un ramo de rosas frescas que alguien le había dado. Él la trajo en su Mercedes

plateado que aún olía a nuevo. Fue un obsequio para ella, pero prefería no manejarlo por miedo a que le rayasen la pintura, o a que la chocasen por maldad. Alex Chamizo optó por contratarle un conductor de lunes a viernes. Ella hubiera preferido un Jeep o un Mini Cooper, para ser la envidia de sus amistades, y para poder estacionarse en espacios reducidos. A veces pensaba en que hubiera preferido un apartamento espacioso para vivir cómodamente cuando el matrimonio terminara. Una especie de reparación adelantada. Sonreía cuando le preguntaban por el carro, el tema la hacía pensar inevitablemente en la “reparación adelantada”.

Para el señor Chamizo era la tercera vez, Libia cumpliría veintiún años tres meses después del matrimonio. Ella lo hacía porque quería sentirse una mujer adulta. Él no le dejaría preocuparse por nada. Le proporcionaría una vida tranquila lejos de la celosa obsesión de sus hermanos por su virginidad. Le permitiría además excusarse ante las tres hermanas que hasta entonces envidiaban su gentileza espontánea, que resultaba altanera y arrogante, teniendo en cuenta que ellas debían romperse la espalda trabajando a diario, mientras Libia sólo miraba telenovelas mientras se limaba las uñas. El padre de Libia era permisivo con ella, aunque casi no lo veía, porque pasaba poco tiempo en casa y mucho en la finca. Sin embargo, y a pesar de las dificultades propias de la adolescencia, la relación amor/odio se había inclinado más hacia el lado benévolo cuando casi lo matan en un atraco. Los dos tiros que le dieron al padre la dejaron sin asomos de rebeldía. Desde entonces él la trataba mejor y ella lo obedecía en todo lo que él sugería. Sus problemas de insomnio también terminaron.

Después del tercer Manhattan Libia comenzó a notar que el agasajo con sus amigas le excitaba, no era la primera vez. Su marido esperaba que no le fuera infiel con hombres, pero ni siquiera consideraría la posibilidad de que su bonita mujer, amante de las faldas largas de flores, la que iba todos los domingos a misa, tuviese ese tipo de fantasías sexuales. Libia era devota al Espíritu Santo, por eso se sintió culpable y se persignó. Sus amigas lo vieron como algo normal, siempre que se reunían lo hacía. Para dejar de pensar en ello adelantó que en la puerta de la iglesia los esperaba un coche tirado por caballos blancos, y en vez de arroz soltarían mariposas blancas.

Camelia quiso saber dónde criaban esas mariposas, luego pensó en lo hermosa que era Libia. Recordó aquella ocasión -la única- en que fueron más cariñosas de lo

usual, fue el día que terminó el matrimonio de Camelia con el ucraniano asilado político. Le había dejado una nota en la que explicaba las razones de su partida: Odio tus fiestas y tus amistades. Quédate con tus putos y putas, me largo.

Él quería una mujer que se quedara en casa y que se divirtiera con sus erecciones. Una que le ayudara a resolver los problemas propios de un matrimonio, no una que se perdiera cada vez que encontraba la oportunidad o cuando se llenara de valor para hacerlo.

Habían pasado tres años desde entonces. Nunca volvió a ocurrir nada entre ellas y nunca hablaron al respecto, pero seguían frecuentándose como dos buenas amigas lo harían. Camelia se había sorprendido cuando Libia le contó que se casaría con un viejo adinerado, se habían distanciado desde entonces, solo chateaban eventualmente. Tenían mucho sin verse, sin contarse sus cosas, como era antes. Y estaba segura que sólo volverían a acercarse cuando Alex la cambiara por otra más joven en unos cinco años, aproximadamente. Libia iría desconsolada a sus brazos, y Camelia, como buena acechadora, sería paciente, y cuando ese día llegase ella sabría que hacerle para hacerla olvidar de sus problemas matrimoniales.

Camelia soltó un risa estridente como tratando de borrar un recuerdo amargo. Los discípulos se asustaron, algo le estaba haciendo efecto. Tenía los ojos achinados y enrojecidos, miraba de soslayo a los hombres y mujeres que le atraían. Sus ojos vidriosos parecían reflejar luces esporádicas, los muslos le resplandecían por el aceite de almendras que acostumbraba aplicarse en todo el cuerpo antes de salir a rumbear. Su boca parecía diseñada para dar placer y decir groserías.

Tomó su casi invisible bolso rojo y fue al baño en compañía de Libia, tenía algo que decirle.

Cristiano, en la mesa vecina, también celebraba junto a dos amigos de la época escolar. Fernando era uno de los amigos de Cristiano. Camelia notó que era observada. Se sostuvo la miraba con Fernando unos segundos, sonrieron. Cuando regresaron del baño Fernando fue a saludar. Notó que Libia parecía enojada o incómoda así que no le estrechó la mano, pero en cambio disfrutó el calor de la piel de Camelia, por quien no disimuló interés. Tras una breve conversación le propuso ir a bailar salsa. Él se la imaginó desnuda, a gatas, cubierta de aceite para bebé, enseñando su orquídea de

pétalos rosados. El mini vestido rojo sugería que escondido bajo ese pedazo de tela expandible había un tesoro rasurado.

Mientras bailaban ella le agarró las nalgas y lo miró fijamente. Camelia sintió la erección y sonrió. Fernando sintió el calor del vientre contra su miembro, percibió el dulce olor de la excitación detrás de las orejas de Camelia. Ella entornó los ojos, se estremeció. Terminada la canción dijeron adiós a los que se despedían de la soltería y se fueron en taxi a un motel. Desde la habitación pidieron una botella de medio litro de aguardiente, limones cortados en octavos y sal. Se dejaron llevar de los impulsos hasta quedar agotados.

Al despertar, Fernando vio que junto a él yacía un bulto de carne trajinada, chorreada de maquillaje y fluidos secos. Miró la hora, eran las cinco de la mañana. Camelia dormía profundamente. Fernando miró bajo las sábanas para analizar el cuerpo desnudo de su compañera. Notó que tenía las nalgas flácidas y con estrías, los vellos del cuerpo habían sido desteñidos con agua oxigenada. También descubrió unos juanetes peores que los de su tía abuela Carlota. La despertó y la convenció de ir a la ducha para enjabonarla.

-Me encanta -Camelia le ronroneó en la cara con voz lúbrica-.

Tenía halitosis de chimpancé, ojos de lunática. Fernando creyó desvanecerse y tuvo que volver su cara hacia un lado para respirar aire saludable. Hizo acopio de paciencia, terminó de enjabonarla y una hora después abandonaron el motel. En la carretera Tony pensó en voz alta:

-El asfalto de la carretera parece la piel de una víbora Mapaná.

Sólo había que comprar enjuague bucal, pensó.

Camelia llevaba puestos unos lentes sesenteros. Encendió el último cigarrillo barato, que estaba rasgado en la base, junto al filtro. Fernando la llevó a casa a 60 Km por hora, para que no se notara la ansiedad de deshacerse de ella.

-¿Vives con tus viejos?

Camelia calló, calibrando la capacidad de asimilación del interlocutor, dio una calada al pendenciero cigarrillo y sonriendo respondió:

-Soy una niña probeta criada por un matrimonio de lesbianas.

Fernando permaneció como dice la canción, con las manos en el timón y atento al camino. Recordó haber botado dos condones en la papelera del baño.

-¿Te incomoda?

-No. Pero me da curiosidad, ¿cómo son?

-Últimamente discuten mucho, no les gusta que yo sea bisexual. Se enfurecen cuando me imaginan con un hombre.

Cuando arribaron a su destino Camelia bajó del carro decidida a no mirar atrás. Mientras conducía en solitario, Fernando entendió que las madres probablemente serían un par de *hippies* menopáusicas, obsesivas compulsivas, cincuentonas flácidas rodeadas de gatos que no podían disimular su rabia hacia los hombres. Se sugirió a si mismo dejar de ver tanta pornografía, sonrió y le subió el volumen a la radio.

Fernando accidentalmente volvió a pensar en ellas dos meses después, en Halloween. Como iba a beber dejó el carro en casa. Salió de la fiesta decepcionado al darse cuenta que la mujer que había conquistado era un transexual. Caminó calle abajo dejándose llevar por la gravedad y la inercia. Sabía que en esa calle vivía Camelia y si alguien se asomaba sólo debía ponerse la máscara y actuar como el borracho disfrazado que era. Al pasar frente a la casa le fue imposible no buscar donde sentarse para imaginar mejor el escenario. Acto seguido se encendió una luz dentro de la casa y vio como adentro desfilaban unas siluetas, al parecer cuando lo vieron apagaron las luces. Oyó gritos de mujer. Era una noche silenciosa, solo se oían los insectos y el eco de una música proveniente de la casa donde había otra fiesta. Cantó la canción que sonaba:

-Cuando me emborracho no sé qué me pasa, no encuentro la llave, no encuentro la casa...

Dos policías en una moto se dirigieron hacia el andén donde estaba sentado Fernando. Hizo el esfuerzo de levantarse, pero solo pudo subir la mirada del piso.

-Loquillo, una requisita y tus documentos.

-¡Tiene un cuchillo!

-¿Cuchillo? Esa la bayoneta de mi abuelo, cuando bebo no salgo de mi casa sin ella. Ustedes saben cómo está la situación de peligrosa.

-Levanta las manos. Supongo que no tienes permiso para portarla. Así como tampoco podrás explicar las atrocidades que haces con esa bayoneta cuando te emborrachas, ¿no es así? Calavera. Date la vuelta, vamos a esposarte y a llevarte a la estación.

En uno de los ocho bolsillos del traje azul de mecánico Tony llevaba un pucho de Transilvania, un pedernal y su billetera, donde encontraron el documento que lo identificaba como Antonio Calabrese. La hierba pareció incitar al obeso policía a arrancarle de la cabeza el pasamontañas negro estampado con una calavera que brillaba en la oscuridad. No recordaba llevarlo, con razón sentía tanto calor.

No quería oír preguntas, menos dar respuestas que ni a él le convencían. Sólo quería sentarse en el piso y esperar a que el alcohol fuera metabolizado por su hígado.

Los individuos que ocupaban el calabozo estaban inquietos. Mientras Tony esperaba las preguntas de los policías examinó con detenimiento aquellos muertos vivientes, con o sin disfraz: drogadictos, borrachos. Hampones enjaulados. Podrían matarlo ahí, pensó. Pero no pensó que ellos pensaban lo mismo de él.

-Loquillo. Esa bayoneta te conecta a un historial de atrocidades. Entiendo que la Unión Americana tiene órdenes de captura contra ti. Y para demostrarte que en Para Colombia somos generosos vamos a dejarte un recuerdo, y quizás así no se te olvide lo que haces cuando eres Calavera “el caza fenómenos”. Te vamos a reventar las costillas, ¡Huevón!

Mientras dos fornidos agentes lo llevaban esposado a otra celda Fernando habló por última vez esa noche:

-¿De verdad creen que soy él? ¡Es un disfraz! No soy el verdadero. ¿Puedo llamar a mi abogado?

Los policías se miraron entre sí. El más veterano dijo:

-Cuando terminemos te dejaremos intentarlo.

## Esquizofrenias

### I

Vemos una habitación ordenada y limpia. En las paredes hay dibujos pintados por las manos de un niño. Una señora de unos sesenta años entra con unas pastillas en una servilleta y con un vaso con agua. Examina la habitación. La expresión del rostro le cambia al notar la ausencia de la persona a quién busca. Ubica la cama y se deja caer en ella. Está lívida. Se le bajó la presión, el corazón está desbocado.

Las píldoras caen al piso en cámara lenta.

### II

En una tableta electrónica una mujer regordeta entra al weblog «Resiliencia».

Su terapeuta le recomendó la lectura para motivarla a dejar de pensar en el suicidio. Leyó las últimas publicaciones sorbiendo un café negro con poca azúcar.

#### **Noviembre 26, 2013.**

Tengo miedo. A las seis de la mañana y a las seis de la tarde tengo que tomarme dos miligramos de Risperidona, todos los días, sin perdón de Dios. No soporto vivir así. Temo salir a la calle, ir al supermercado, me aterroriza la idea de cambiar de ciudad. Vivo encerrada. La mejor parte del día es cuando te veo a ti, mami. El resto del tiempo lo paso como un ente de ojos borrosos. Veo pasar los programas de televisión como si ahí pudiese encontrar alivio, como si en el brillo de la lluvia de estática que se produce al cambiar canales estuviese la esperanza. No tengo energías, me cuesta hasta lavarme los dientes o peinarme el cabello. Ahora que mi cuerpo se acostumbró a la medicina me siento algo mejor, pero cada tanto el doctor decide experimentar con mis órganos internos, como hace dos meses, que me modificó la receta para que comenzara a tomar Risperidona.

#### **Noviembre 27, 2013.**

Todo este infierno comenzó cuando Acacio se enamoró de mí. Primero era muy dulce, luego comenzó a enviarme fotos de su miembro erecto. Algunas veces me

mandaba vídeos masturbándose. Yo no sabía lo que era tener un novio, así que lo tomé como un halago algo sucio. Me excitaba, especialmente sabiendo que lo hacía pensándome. Acacio era atractivo, creyente además. Pensé que me salvaría de la vida tediosa que llevaba entonces, cuando debía mantener un promedio o me quitaban la beca. Una tarde me invitó a almorzar, yo dije que sí. Luego me llevó a comer helado. Cuando oscurecía me llevó de la mano hasta un sitio desolado. Pensé que lo haríamos con apasionamiento, escondidos detrás de los matorrales, pero nunca que me violaría, golpearía y que me dejaría medio muerta. Al día siguiente, cuando abrí los ojos, era medio día. Unos gallinazos me rodeaban esperando que estirara la pata, otros hacían círculos en el cielo.

Algún vecino debió avisar a las autoridades, por eso puedo contar esta historia.

Desde entonces Acacio y los buitres se presentan cada noche como pesadillas vívidas. Sonaré como una loca, pero la vida me puso a prueba y fallé. A veces, lo único que tienes en la vida es una oportunidad.

Ahora no soy apta para la vida en sociedad.

Creo que todos quieren aprovecharse de mí.

### **Noviembre 29, 2013.**

No quiero estar internada de nuevo. Los doctores me dicen que la patología sigue un proceso aleatorio entre fases de estabilidad y delirios. No deseo dejar malos recuerdos a mi madre, quiero una despedida digna. Pienso dejar esta vida, pero no quiero la oscuridad, el frío y las arcadas inconscientes del organismo intoxicado. Por eso escribo, para despedirme.

Los momentos de claridad me dicen que de seguir viva tendré un futuro garantizado entre pasillos fríos olorosos a alcohol y desinfectante. No quiero mascarillas, agujas intramusculares, exámenes rectales. Tampoco deseo doctores coqueteando con las enfermeras, o que mientras me operen el cerebro bailen bachata, como si fuera una velada exótica en la que yo soy el plato fuerte. No quiero que me toque una clínica de esas en las que te apagan el aire acondicionado en las noches, para ahorrar luz. Ahí los especialistas te dejan amarrada con correas de cuero a una camilla de aluminio mientras donas sangre a los mosquitos. En esos lugares en vez de dejarte ir

al baño te ponen un pañal. Además, soy la candidata ideal para las terapias experimentales de las próximas dos décadas. Están también los médicos y auxiliares perversos que te dopan y luego te visitan en la noche, lo vi en *Kill Bill* y lloré de miedo. Una cosa lleva a la otra. Te revisan entre las piernas dizque buscando enfermedades venéreas, luego miran más a fondo para buscar quistes. Te manipulan la cosita de labios rosaditos, te introducen dos dedos... luego se quitan los guantes de látex con tristeza y se retiran dándote la espalda para evitar que veas la erección que llevan. Yo sé que es así, no es locura mía, una tiene un sexto sentido para estas cosas.

### **Noviembre 30, 2013.**

La Risperidona -un antipsicótico- hace soportable los delirios persecutorios y las alucinaciones. Mantiene los episodios a raya. Mi mamá ya no dice nada por el litro de café que me tomo al día, o por el paquete y medio de cigarrillos que me fumo entre ocho de la mañana y ocho de la noche. Tengo treinta años, pero estoy ojerosa. Tengo la piel arrugada, reseca, amarillenta y manchada de tantos medicamentos que tomo. A veces me dan temblores, rigidez, inquietud interna, sudor e incluso convulsiones. El psiquiatra me explicó que mi esquizofrenia detonó ante las agresiones sufridas. Dice que mi pasado con las drogas recreativas pudo originar la enfermedad, pero fueron las tensiones y los ambientes inestables en los que crecí, las personas enfermas que convivieron conmigo y los eventos ocurridos después, los que sacaron a flote la sintomatología. No quiero que me metan a uno de esos hospitales donde llevan las medicinas en carritos robados de supermercados, porque no tienen para mesas rodantes. No quiero que me internen, porque a esos sitios uno entra, pero no sale.

Es un alivio tener la ayuda farmacológica. Lo hace más soportable. El mejor día del mes es el segundo viernes, cuando visito al Doctor García. Él me tranquiliza mucho con sus palabras y con la receta. Todos son súper amables en su consultorio. Luego mi mami me lleva a comer helado y nos vemos alguna película infantil. Las de 3D me aterrorizan. La última vez que fui tuve que salir corriendo. Por eso evitamos ir a cine, preferimos verlas en casa. No he podido conocer el famoso cine en 4D.

Es insoportable vivir así, con miedo, en este descontrol permanente. Cuatro años es mucho tiempo, 35.040 horas de incertidumbre.

No quiero ser una carga para nadie, ni voy a pasar un minuto internada.

### **Diciembre 2, 2013.**

A ratos me siento mejor, más despejada. Pero alucino con esos pajarracos terroríficos cuando se me pasa la hora de la medicina, como hace dos horas, que sentí el olor de sus plumas hediondas. Por eso mi mami está pendiente de darme las medicinas puntualmente. Pobrecita, mi mami tan linda, se está enfermando por mi culpa, hoy tuvo que ir al médico para evaluar sus dolencias cardíacas. Le hago pasar muchos malos ratos y se está muriendo de tristeza. El otro día me dijo que no podía más, que en unas semanas me iba a internar para que los especialistas me cuidaran. Si de algo han a servir estos momentos de lucidez en los que escribo, que sean para enfrentarme a esos miedos.

Buscaré un lugar elevado para morir, hincharme y explotar como el amasijo de tripas amarillentas que soy. Comida rápida para buitres.

Hoy no tomaré la medicina. O mejor sí, para que mamá vea que estoy juiciosa y se vaya al supermercado tranquila. Yo me quedaré viendo televisión como siempre, comiendo chocolates, galletas, fumando cigarrillos, tomando café.

Pero cuando se vaya me largo yo también. Tengo mis cigarrillos, mi encendedor, mi botella de agua y los barbitúricos que uso para dormir.

Así que voy cerrando esta historia.

### **III**

Vemos a la enferma caminando por un parque. Lleva lentes oscuros, pero bajo el sol de mediodía va tan ciega como un albino o un topo. Cruza la calle. Siente vértigo frente al centro comercial, una mole cuadrada de cuatro plantas. Busca una banca bajo la sombra de un almendro, se sienta para tomarse una pastilla. Unos policías bachilleres pasan cerca y la escrutan con la mirada; desde detrás de los lentes oscuros ella los ve circular mientras empina la botella con agua. No ha dejado de hidratarse desde que salió del apartamento y tiene ganas de orinar. Enciende un cigarrillo, piensa terminarlo y subir al baño público.

El sol luce implacable en el cenit del hemisferio celeste. Se abre y se cierra la puerta del centro comercial, el frío que se escapa le refresca la piel, le enfría el sudor. La enferma mira su mano amarillenta, pero la siente lejana, como si fuera de otra persona.

Los barbitúricos están sacando a la superficie las imágenes de las máscaras de anestesia, de los perversos doctores, las sádicas enfermeras y los pútridos hospitales. Se toma las cuatro pastillas restantes, deja el cigarrillo en los labios y piensa:

-Voy a cerrar los ojos un ratito. Todo es brillante cuando cierro los ojos, un brillo oscuro, una negrura cegadora, contraria al resplandor del exterior. El cigarrillo sabe a niebla de bosque nórdico. Cuando sale gente del centro comercial el aire acondicionado llega a mis sandalias como una nube de rocío mentolado.

#### IV

La mujer con tendencias suicidas que leía el diario virtual llora frente al monitor del computador. Se esfuerza por hacer una retrospectiva de los sucesos ocurridos en su vida recientemente, pero ve todo borroso y eso la ofusca. Deben ser las pastillas, piensa, luego de sentir el hematoma en la cabeza. Abre los ojos cuando recuerda que golpeó a su padre con un bate de baseball. Se mira las manos, los nudillos vendados, las vendas ensangrentadas. Se aglomeran los recuerdos: los sesos salpicando los ventanales que dan al jardín, ella descargando su ira en el cráneo, tras 35 años de resistencia contra la violencia, el alcoholismo, cinismo, indiferencia, falsas promesas e informaciones a medias. Siente náusea. La imagen de la sangre manando del cráneo la hace vomitar. Le sobrevino un desmayo, en la caída se golpeó la cabeza.

Las sirenas de la policía que creyó haber soñado no eran parte del recibimiento en el cielo. Luego de un par de días en observación en una clínica psiquiátrica el terapeuta charla con ella.

-Salir de casa me da miedo. La oscuridad de mi cuarto me da miedo. Los microondas me dan miedo. Molestan tanto como tener un enjambre de avispas en una ventana. El zumbido que hacen me ponen los pelos de punta, ahora imagínese salir al exterior. Para mi es imposible, prefiero quedarme en casa, encerrada, desde que ocurrió

aquello.

-¿Cuando dice “aquello” se refiere a la múltiple violación?

La paciente deja correr un torrente de gotas saladas venidas de las glándulas lagrimales. El terapeuta mide el tiempo de reacción, 4 minutos.

-Sí, a eso me refiero.

-Estimada, han pasado 4 años desde entonces. Soy el cuarto terapeuta que consultas, cada abril tus prioridades cambian y decides repetir ese patrón. ¿No lo has notado?

-No lo había notado.

-¿Cómo crees que lo estás procesando?

-No creo que lo haya procesado en absoluto.

-¿Qué exactamente no ha terminado de procesar?

-Doctor, aquello me ocurrió tras una ruptura amorosa muy significativa en mi vida. Me pasó por querer darle celos, hacer una vida de apariencias, con poca ropa, mucho maquillaje, entre hombres vanidosos y mujeres envidiosas. En algún lado me echaron escopolamina y pasó aquello, pero eso no es lo que más me atormenta. En el fondo la responsable soy yo. Eso lo acepto. Me quería corromper, pervertir, auto destruir, quería llenar un vacío espiritual con hombres amables y sexo salvaje. Pero la pérdida de ese hombre que amé, hoy me duele más que violación. Él quería una familia y amarme. Yo quería ser una figura pública, una líder de opinión con estilo y elegancia, zapatos altos, vestidos ceñidos, peinados y maquillaje. Yo no quería criar hijos, o atender marido, o jugar a la casita. Yo quería comerme al mundo, y cuando comencé a recibir atención también comencé a desear comerme con unos y otras. En el fondo lo negaba y lo arrastré a él hasta donde se dejó.

La paciente se sopla la nariz con un pañuelo de papel, que luego pasa por las lágrimas que bajan por su cara.

-Lo extraño. Él tenía una forma de amarme que enamoraría a cualquier mujer inteligente. Él me ofrecía tiempo. Me prestaba atención. Me cuidaba. Me hacía reír. Nunca más supe de él. Hace cinco años no se de él. Seguro se casó con una “buena mujer”, como lo diría él.

-Volvamos a los miedos, ¿a que más teme?

-Temo a un loco que vive cerca de mi casa. La primera vez que lo vi cantaba opera en el andén. Luego, una tarde en la que tomaba el sol en una banca del parque él se acercó y me dijo: "Hay unos cigarrillos para cuando estás recién levantado, cansado. No es que esté cansado, pero para esos momentos, no ahora, en los que lo ideal es sacar unos cuantos de estos cigarrillos y te los fumas a cuatro manos". Al parecer el tipo oía voces, hablaba solo, a toda velocidad. Tenía dificultades para caminar, arrastraba ambos pies a pasos cortos. Creo que de joven sufrió una embolia, probablemente por drogas. Dijo tener mucho dinero, pero aunque siempre parece recién bañado, perfumado, lleva la ropa limpia y planchada, sus uñas largas y negras me dan mala espina. Eso de fumar un cigarro tras otro es de enfermos mentales, creo. Después del cuento de los cigarrillos me lo encontré otras veces en el mismo parque, en la esquina de mi casa, que es hasta donde me atrevo a salir. La última vez que lo vi se creía un perro, me mordió la pierna mientras se orinaba en sus pantalones cortos y alpargatas beige. Desde entonces no salgo.

-Comprensible, pero no se preocupe, con unas diez sesiones más eso lo superaremos, la próxima cita es en quince días.

-Doctor, eso es mucho tiempo.

-No se puede antes señorita, todos tenemos problemas. El mío es exceso de trabajo y clientes con demencias cada vez más difíciles de tratar. Desde que escribí mi libro: *Locura y vida urbana, fronteras indivisibles* no dejan de llegar nuevos pacientes impacientes. No se preocupe, no es su caso. Recuerde que lo que hizo fue en defensa propia, que usted fue la víctima. No se culpe más. Si se presenta algún episodio depresivo llame a mi línea de ayuda 1900 AUXILIO. Tómese los medicamentos que acordamos e intente hacer algo de deporte de cama. Le subirá la autoestima.

### **El último sermón**

Anocheía en el lote. Entre las ramas siempre verdes de las *azadirachta indica* y las hojas rosadas de las *Mussaenda Erythrophylla* revoloteaban enjambres de mosquitos. Las garrapatas enloquecían a los perros que estaban encadenados a las cuatro vigas de madera que sostenían el toldo negro que cubría el contenedor. Dentro del contenedor adaptado como oficina apenas se respiraba. El aire enrarecido por la

falta de ventilación, los gases intestinales y el humo de tabaco generaban una calidez implacable. Un minúsculo y agonizante ventilador eléctrico era el único aliciente para quién ocupaba la silla rodante detrás del escritorio. Podemos leer el título del documento en el que trabaja. Está escrito en tinta roja: El último sermón.

Buscó entre las notas de voz hechas en su teléfono y reprodujo tres:

**(Diciembre 31/2014. Frase #27):** Este trabajo es tan íntimo y personal como un ataque cardíaco mientras cagas.

**(Enero 29/ 2014. Consejo #12):** Te doy un consejo: para hacer un buen espectáculo requieres un personaje bien construido. Ubícalo en medio de una lucha –contra él mismo, contra los elementos, contra algo sobrenatural- y verás resultados.

**(Noviembre 11/2014. Reflexión #116):** Nadie contrata payasos sin equipo de amplificación.

Sonó el teléfono. La silueta del personaje se dibuja a contraluz, vemos que tiene un peinado al estilo de Ace Ventura. Detuvo la grabación. Inició un nuevo archivo de audio y acercó el micrófono al auricular.

-Hola, desearía hablar con el payaso Frost.

— ¡Buenas las tenga!, con él habla.

—Oh, qué bueno encontrarlo a la primera señor Frost...o ¿cómo debo llamarlo?

—Mi nombre artístico lo define usted. He aprendido que hay que dejarse llamar por el nombre que prefiera el que paga la cuenta. Parece estimularlos a ser generosos. Reverendo Truhán es mi nombre cristiano. Es una larga historia, me bauticé a los 27 años.

— ¿Cómo un payaso puede llamarse Reverendo Truhán?

—Los domingos oficio en un templo adventista del séptimo día, cerca del estadio de baseball. Le puedo dar la dirección para que el domingo vea como empodero a los desvalidos.

Hicieron silencio durante cinco segundos.

—En relación a mis honorarios, cobro 400.000 más alimentación y bebidas deshidratantes que usted nos proporcione. Del transporte me encargo yo.

—400.000, más alimentación, entiendo.

—Y bebidas deshidratantes, no lo olvide. Necesitamos combustible, no es fácil soportar dos horas de gritos, patadas y pellizcos. Imagino que usted comprende.

— ¿Habla de beber alcohol en una fiesta infantil?

—Señora, somos profesionales, venimos haciendo esto más tiempo del que usted lleva pintándose las uñas. Créame, cuando los niños comiencen a comer dulces ni se darán cuenta de lo que bebemos nosotros. Necesitamos ponernos tontos para que nos encuentren graciosos, le explicaré mi teoría, pero ninguno de los dos tiene tiempo para eso.

—Beben con moderación, supongo.

—Doñita, tranquilícese, hace mucho tiempo que estoy en este negocio. Recuerdo una vez...

— ¿Usa amplificación?

Otros cinco segundos de silencio.

—He hecho esto desde los cinco años «mileidi».

— ¿Es payaso desde que tenía cinco años?

—Sí. Más allá de la payasada y de la burla creo que el humor es una búsqueda, como la poesía. El humor nos retrata como especie, sin disfraz, la poesía hiper sensibiliza los sucesos cotidianos. No se trata de hacer bromas pesadas estúpidas; aunque a veces, o mejor dicho, generalmente, la chabacanería es lo que da para comer, lo que prefiere la gente del común. Burlarse de otros, humillarlos, es lo que en este país habitualmente llaman humor.

— ¿Tiene o no tiene amplificación?

—Señora, soy un payaso profesional, y no tuve más oportunidades de estudio, pero tengo dos diplomados en la megafonía humana. No requiero de instrumentos de amplificación. A propósito, esos dos diplomados me los descontaron del sueldo en el

circo Hermanos Caspa. Ya verá como le dejamos una buena sensación cuando termine el show. ¿Es en una casa?

—Señor, es una fiesta para 100 niños, en un club social.

—Lamento decirle que yo no trabajo en clubes sociales. Solo hago casas, a veces apartamentos, dependiendo. Nuestro espectáculo es exclusivo, íntimo, para que no nos lo copien. Lamentablemente así funciona el sistema, se produce en aislamiento, se comparte en privado. De otra forma las pirañas del medio clonan el show, se reparten las ideas contenidas y lo dejan hecho detritos. Todos quieren un bocado hoy en día. Tiburones, barracudas y rémoras. ¿Usted sabe cuánto aman las rémoras esos detritos? ¡Son su vida! Esos bichos son los especuladores máximos. Catalogan lo que otros producen según el apetito que tengan. ¿Usted ha visto cómo viven de felices los peces de los acuarios, en esas aguas amarillentas, donde flotan sus alimentos revueltos con sus heces gelatinosas? Así es este medio. Ellos no saben que respiran mierda y orina, están habituados. A los copiones les encantan los sedimentos resultantes de la masticación de los críticos piraña. Señora, eso aplica a todos los aspectos de la vida.

— ¿Qué clase de profesional es usted, que no trabaja en clubes sociales?

—Doña, hago casas, solo casas, a veces trabajamos en apartamentos. Desde que grabaron unas de mis presentaciones con un celular y la subieron a la red he dejado de hacerlo. Cuesta mucho crear, pero a nadie parece importarle pagar por disfrutar de lo creado por otro. Estiró el brazo y presionó el botón de encendido en el control remoto. En la minúscula TV sin sonido apareció Mr. Baracus anciano con su mohawk gris, vendiendo licuadoras de frutas. La antigua estrella de la TV metió bananos sin pelar por la parte de arriba del aparato y por abajo salió un jugo verde. El Reverendo Truhán ignoró la voz chillona al otro lado de la línea y siguió concentrado en la pantalla. La rubia operada –de unos cincuenta años- evitaba ser tocada por Mr. Baracus, quien perdía la concentración cuando se enfrentaba al escote. Una sonrisa acompañó el baile de los tríceps cuando alzó los pulgares en señal de aprobación. Detrás de los presentadores un cartel anunciaba: +Juice®

—En el corte le cambian el licuado por un amanecer de Tequila.

— ¿Cómo dijo?

—Dije que entiendo su punto, quizás me haya convencido. Me gustaría que usted también entendiera que la razón por la que no me gustan los clubes sociales es porque hay muchos pingüinos atentos por todos lados. Me recuerdan a los monos de circo. Astutas personitas peludas entrometidas, con gusto por las joyas. En cambio, cuando trabajamos en casas, mientras más lujosas sean mejor es el trabajo, son menos las tensiones. El servicio es más personalizado, se siente uno valioso, importante.

Apagó la grabación y buscó el archivo **Paradigma Piñata. Enero 4/2009/15**. Al reproducirlo se escucharon los gritos y risas de madres e hijos al romperse la piñata, fue un momento en el que cayeron los dulces, cascabeles y monedas de chocolate cubiertas con papel metálico dorado. Las madres huyeron a la terraza dejando a sus niños desahogando sus impulsos.

—Señor, no le oigo bien.

—Son los videos de la fiesta de ayer.

Apagó la TV, detuvo la grabación anterior e inició un nuevo archivo de audio.

—Suena a que les fue bien.

—Normal, los niños la pasaron bien y eso es lo importante.

—Veo que le importan los niños.

—Son el futuro del mundo, el futuro de este reino gobernado por payasos.

Somos payasos contra payasos...mejor que vayan viendo como se hace.

—Señor, tiene un discurso extraño, pero me agrada su actitud.

—He sobrevivido al negocio.

— ¿Le interesa?

— ¿400.000 más alimentación y bebidas?

— ¿Usted pone el transporte?

— ¿El club queda a las afueras de la ciudad?

—Sí.

—Entonces no puedo incluir el transporte. Lo acostumbrado es que dé un adelanto en el transcurso de la semana.

— ¿Cuál es su dirección?

Le dió los datos requeridos, colgó y esperó a que anocheciera para salir del lote. Antes de abandonar el contenedor se roció con repelente, luego se aseguró de que los perros estuvieran sueltos, les rellenó sus recipientes para el agua y les dio poco de comer para aumentar su ferocidad.

En la calle comenzaban a rondar los indigentes. Cruzó una avenida, caminó varias cuadras, entró a un edificio residencial con apariencia de colmena, subió cuatro pisos y metió la llave en la cerradura de la puerta 420. Encendió el aire acondicionado del apartaestudio, fue hasta la cocina, metió una sopa instantánea con fideos en el microondas y cuando estuvo lista comió silenciosamente mientras miraba la calle concurrida por la ventana. Al terminar fue a cepillarse los dientes, se colocó un pijama estampado con elefantes, desenrolló la hamaca doble multicolor que estaba plegada en una de las paredes y se dedicó a leer y a tomar notas durante poco más de dos horas. Antes de irse a dormir se levantó a tomar un vaso con agua, miró la ciudad y apagó la luz.

Al despertar se duchó en el estrecho baño, se afeitó, se peinó a medio lado y se vistió como lo venía haciendo desde que acogió el nombre cristiano: Camisa blanca impecable y sin arrugas, corbata azul, pantalón del mismo color y zapatos negros recién lustrados. Llevaba su Biblia, como siempre, bajo el sobaco. El libro escondía una pistola calibre 22 cargada con nueve balas. Preparó café, escuchó las noticias radiales y desayunó con calma. Cuando faltaban diez minutos para las ocho de la mañana el tráfico llenaba las calles de humo, concurrían peatones. Refunfuñó cuando vio que unos vendedores de frutas botaban bazofia al pavimento para alimentar unas vacas. Le pareció increíble que hace un par de años Bellaquería fuera considerada “Capital Americana de la Cultura”. El pastoreo urbano no tiene nada de moderno o civilizado, pensó. Miró aquello con una mueca en su boca y el café humeante en la mano. Anotó algo en su agenda de bolsillo. Terminado el café fue hasta el fondo del aparta estudio, abrió un armario repleto de indumentaria colorida, eligió una peluca multicolor, un traje blanco con círculos rojos y un corbatín púrpura. Los zapatos desproporcionados parecían perros sarnosos. Los guantes blancos tampoco estaban en buen estado, la nariz roja no sonaba. Anotó en su agenda lo que necesitaba comprar. Tomó una maleta que

había estado acumulando polvo desde hacía meses, guardó la indumentaria y regresó la maleta a donde estaba guardada. Esperó a que sonara la alarma programada a las 8:30 para salir con su Biblia bajo el brazo.

Los perros lo recibieron con amor fiel. Después de gritarles para que retrocedieran y lo dejaran entrar, buscó el concentrado y les sirvió en abundancia, también les dio agua. A ninguno acarició. Entró al contenedor, encendió el ventilador y comenzó a estudiar alternadamente los libros de su biblioteca: La Biblia, Don Quijote, un diccionario y un libro de sinónimos. Subrayó cuando hizo falta, se detuvo a meditar ocasionalmente y anotó algunas ideas en su agenda. Pasadas las once comenzó a tronar, los perros se inquietaron; chillaron, aullaron, intentaron meterse al refugio del amo. Frost/Rev. Truhan no pudo seguir trabajando en su sermón. El temporal pareció cernirse sobre el lote, la presión atmosférica bajó, los perros comenzaron a escarbar bajo la puerta.

El teléfono timbró tres veces antes de contestarlo.

— Buenas, ¿hablo con Frost, el payaso estrella del circo hermanos Caspa?

— El mismo que viste y calza.

— Delegado, le habla Händel Arciniegas.

— ¿A qué se debe el milagro? Y buen momento elegiste para llamar.

— Seré breve —relampagueó, el trueno sonó cuando hizo la primera pausa— te llamo para proponerte algo, sé que el negocio del entretenimiento infantil no es como antes. Yo dejé de trabajar como Papá Noel durante las Navidades desde que comencé en este negocio. Recientemente me ascendieron y estoy convocando personal.

— Debe ser bueno, si mal no recuerdo ganabas bastante bien. Lo suficiente para engordar todo el año a partir de ese mes de sueldo.

— Jojojó, tienes razón. Pero esta empresa en la que estoy ahora me permitió desprenderme de ese trabajo repugnante, en el que debía tolerar a los mocosos y a sus necesitadas e irritantes madres. Todos los años, durante un mes, era siempre lo mismo. Los otros 11 meses no podía cortarme la barba. Con el calor que hace aquí eso es un viacrucis. Ahora tengo un puesto directivo, no tengo que usar ese maldito traje rojo casi nunca, salvo cuando hago inducciones a los nuevos empleados. ¡Tenía 20 años sin

afeitarme! —Se oyó una especie de nalgada/cachetada al otro lado de la línea-. Poder tocarse la piel del rostro como los seres civilizados que somos nos recuerda la distancia que hemos recorrido genéticamente. Me afeité eso y mis dilemas cavernícolas desaparecieron. Pude bajar de peso, tengo tiempo de comer, de ir al gimnasio, de nuevo puedo dormir la noche completa, hasta me volví a casar. Tengo problemas de salud que puedo cuidarme gracias al servicio médico que me provee mi empleador. Antes de eso casi me muero por mis problemas respiratorios, en el basurero de una cantina. No sé si te enteraste. Me desperté en un hospital después de dos semanas en coma.

El Reverendo estaba boquiabierto, queriendo colgarle antes que lo electrocutara un relámpago perdido, pero le intriga el final de aquel discurso.

—No hermano, desayuno lo que me cuentas. El trabajo suena lucrativo y favorable a la salud ¿en qué consiste?

—Somos una empresa de cobradores. Pero no usamos la indumentaria habitual. Usamos la “Terapia de Shock”. Lo que hacemos es disfrazarnos de la manera más llamativa posible para ir a tocar la puerta de los morosos. Nadie quiere un payaso o a Santa Claus en la puerta de su casa por mucho tiempo. Los vecinos notan con rapidez que alguna broma pesada viene en camino y su curiosidad es lo que necesitamos para propagar la información del moroso. Por ponerte un ejemplo, Willy, uno de nuestros mejores cobradores, tiene 25 años, un metro noventa de altura y pesa 100 kilos. Prefiere venir a trabajar vestido de bebé, pañal cagado y biberón incluido... y antes que me preguntes por las medidas de seguridad te explico que siempre portamos los documentos que demuestran que nuestro trabajo es absolutamente legal. Otra confidencia: desde que Urbain Beleño volvió a la arena política recibimos entrenamiento militar. Ayer, precisamente, nos dieron una capacitación para aprender a usar los tasers que recién adquirimos. Todos nuestros empleados llevan uno, junto con una lata de gas pimienta específico para osos pardos.

— ¿Y el pago?

—Vas a ganar en un año más de lo que nunca has ganado en tu vida. Y lo único que tienes que hacer es usar tu habilidad para el disfraz y la persuasión... Soplan aires de renovación, amigo. Son otros tiempos, y creo que ha llegado el momento de

potenciar tus talentos. Recuerdo que cuando trabajábamos en el circo te tomabas el trabajo muy en serio.

—Soy un profesional. Haré un buen trabajo siempre que me dejes hacerlo a mi manera. Si pagas puntual tendrás un empleado con iniciativa, eso también te lo aseguro.

—Veo que no ha cambiado tu ética de trabajo. Para que sepas, además del sueldo mensual, recibirías comisiones, vacaciones una vez al año, seguro médico y un seguro de vida. Te haremos un contrato indefinido. ¿Se te ocurre algún otro disfraz?

—Cavernícola, hippie, espantapájaros, poeta romántico.

—Ya tenemos al cavernícola y al espantapájaros. Un hippie shakesperiano sería interesante, llegas a cantarles poemas acompañados con *Born to be wild* saliendo de la tarjeta que sostienes en la mano y que nosotros mandaremos a hacer por ti. Las haremos bien estridentes. Dentro de la tarjeta estará la citación que tienes que darle. Darles la tarjeta es nuestro trabajo. Así que en medio del ruido tú le preguntarás su nombre...

—Mira Händel, yo he cambiado mi rumbo. Soy pastor evangélico, predico mi pasión por Jesús Cristo. No quiero dañar a gente inocente.

—Tranquilo, míralo como un llamado de Dios. Nosotros no molestamos a la gente inocente. Los que visitamos son culpables de deudas significativas, millones de pesos. Las empresas aseguradoras y los bancos son los que nos contratan, ellos son las víctimas de los abusos de estos individuos, de estos vividores. Si te animas, pasa por acá para que firmes. No sólo te irás con un adelanto en efectivo, también te daremos una caja con víveres y regalos de nuestros empleadores. Es una tradición de nuestra empresa. Podrás cotizar el doble de pensión por el tipo de trabajo que hacemos, en diez años podrás retirarte con dinero en el banco. Piensa en la edad que tienes, ¿cuánto crees que tu cuerpo resista los rigores de tu vida actual?

—Suenas tentador. Déjame pensarlo mientras almuerzo. ¿Cómo te localizo?

—Frente a la estación del tranvía panorámico, a la salida de la ciudad. Busca una edificación que parece una casa del terror, de esas que encuentras en los parques de diversiones. ¿Sabes de lo que hablo?

—Sí. Hace mucho no voy por allá.

—Si puedes ven hasta acá. Estamos abiertos 24 horas, yo vivo en el edificio contiguo.

Para la mayoría de nuestros trabajadores la empresa es su única familia, así que la compañía ofrece acomodación a bajo costo y servicios similares a los de un hotel. Es modesto, pero aséptico. Te va a gustar nuestro ambiente de trabajo, ¡todos los días vienes disfrazado!, ¿quién más se puede dar el gusto de decir eso? Escribe mi número para que me llames si no puedes venir, o si decides declinar mi oferta. Y ahora que lo pienso, ven vestido como el pastor, reverendo, cura, o lo que sea que interpretes ahora. Creo que eso asustaría a más de uno en la empresa.

—Te llamaré, Händel.

Colgó el aparato y volvió a sonar. De buen ánimo contestó.

—Funeraria La huerta de Confucio, el más allá de unos es nuestro más acá.

— ¿Cómo? Disculpe, creo que marqué mal.

— ¿A dónde llama?

—Llamo a Frost, el payaso.

— ¿Quién lo busca?

— ¿Señor Frost? ¡Es todo un bromista! Soy la señora que lo llamó ayer para contratarlo, ¿recuerda? la fiesta infantil en el club social.

—Hola, perdone la broma. Antes que continúe debo decirle que no podré aceptar su oferta, desde hoy me dedicaré a otras actividades. Me voy a la selva amazónica a evangelizar indígenas.

—Lástima, ya le había conseguido un galón de ron.

—No juegue con mis emociones, señora.

La señora rió. El reverendo calló.

—Tengo que colgar, si desea llame mañana y yo le recomiendo a alguien de confianza para que me reemplace. Ahora tengo que salir.

La señora no alcanzó a decir nada. El Reverendo Truhán desconectó el teléfono, se quitó los zapatos y subió los pies sobre el escritorio, algo que no había hecho desde que había asumido su rol de pastor de ovejas como personalidad preponderante.

Entrelazó las manos detrás de su cabeza, se aflojó la corbata y la tiró al cesto de la basura. Tenía una década, por lo menos, de no sentirse tan ligero. Tras años de tempestades en alta mar el cielo clareaba en su horizonte y divisaba tierra firme. No se trataba de una isla, era un continente de posibilidades. Del bolsillo posterior de su pantalón sacó su libreta y la comenzó a deshojar. Se sentía eufórico. Olvidó el calor por unos momentos mientras releyó las páginas salvadas de la destrucción. De un cajón del escritorio sacó una botella de ron blanco y de a poco se la fue bebiendo hasta que pasó a limpio su último sermón, el que repetiría de ahora en adelante cuando tocase a la puerta de un moroso. La hoja que contiene el sermón fue lo único que se llevó consigo esa tarde. Antes de salir del contenedor buscó un galón de gasolina que guardaba desde hace años para una ocasión especial. Roció su contenido sobre los muebles viejos y dejó el viejo ventilador encendido. Los perros fueron a su encuentro. El buscó las correas, se las colocó y los llevó de paseo. Los cuatro animales fueron difíciles de controlar, nunca habían salido del solar y los estímulos sensoriales eran demasiado para ellos. El no hizo ningún esfuerzo en ir a buscarlos.

### ***El último sermón***

*(Este sermón está escrito para ser dicho a viva voz.)*

*Mi voz será un trueno, y mis palabras el rayo que corta a la mitad el árbol sano.*

*No confundan fanatismo con espiritualidad, lo primero embriaga a los futboleros y enriquece a los pastores sin escrúpulos. Lo segundo es gratis e inasible.*

*Yo no perdono pecados usando las redes sociales, eso lo dejo a la competencia desesperada por recuperar fieles desilusionados.*

*Esto no es un club de fans.*

*Yo estoy aquí para decir lo que otros no se atreven.*

*Hermanos, el circo romano de hoy es la democratización de la violencia a través de nuestros dispositivos móviles.*

*¿Pensaban que las corridas de toros, las peleas de gallos y de perros eran nuestro circo Romano?*

*Estaban equivocados, olvidan la sádica y pornográfica exposición de la violencia.*

*Occidente vive inmerso en la cultura del sadismo. El sadismo como arte.*

*Yo digo que todo aquel que grité “Olé” merece ser embestido por un toro.*

*Orad, hermanos, si la resaca os los permite.*

*No importa si no recordáis todo el credo, murmurad, poned cara de circunstancia y no olvidéis la ofrenda.*

*Recordad visitar la iglesia para que la comunicación con Dios sea mejor; nuestro WIFI espiritual está garantizado, afuera hay muchas interrupciones y la acústica no es buena.*

*Alabado sea el que dijo:*

*¡El fuego no razona, el fuego de su conciencia es implacable!*

*Pidan perdón, o serán castigados por sus culpas durante toda la eternidad, en un lugar sin aire acondicionado.*

*A quién bromea diciendo que Bellaquería es nuestro infierno, le responderé diciendo:*

*¡Es nuestro purgatorio!*

*Ya llegará la hora de la gran churrasquería, el rostizado lento alimentado con lava de las entrañas del planeta. Por ahora sólo ¡arrepíentase!*

*Por último, a propósito del hombre que encontraron esta semana muerto en la esquina, les recuerdo, que los agentes de la ley también bailan al ritmo de la música compuesta e interpretada por drogadictos.*

## **El patio Gonzo**

Cuando conocí el lugar quedaba a la vuelta de Alcohólicos Anónimos. Las cervezas eran baratas y se podía fumar. Funcionaba de jueves a sábado en una casa pintada de blanco. Había mesas en el patio y buena música. Se entraba por una puerta lateral estrecha, luego debías recorrer un sendero de baldosas luminosas que se encendían al ser pisadas. Junto al baño, al fondo del patio, dos maniqués disfrazados de Dr. Gonzo y Raoul Duke ocupaban una mesa. Muchos solo venían a tomarse un par de cervezas y a ver el espectáculo de la noche. Era una casa donde se parrandeaba mucho, dirían los vecinos, pero no tenía la apariencia habitual de bar o cantina.

El cartel junto a la lista de precios lo explicaba mejor:

«Bienvenido, usted está en el Patio Gonzo. Funcionamos así: Por la compra de cada botella tienen derecho a presionar el botón rojo sobre la barra, lo que activará una

de las mil acciones programadas en nuestros androides. Le sugerimos precaución, el botón sólo puede ser presionado con el permiso del barman. La desobediencia de esta norma significará el veto permanente de los implicados.»

Sobre el patio había un toldo militar que evitaba la intromisión de los sobre vuelos policiales nocturnos. El lugar aún funciona, es uno de tantos secretos a voces de esta ciudad. Por su naturaleza subversiva es itinerante. Quizás ya no quede a la vuelta de Neuróticos Anónimos, pero en algún lugar de la ciudad siguen los androides parlanchines entreteniéndolo a tres tipos de borrachos: artistas, aduladores hipócritas y críticos literarios de yerma creatividad.

### **La colonia con síndrome de Estocolmo**

Lo primero que vemos cuando nos acercamos a Cartagena es donde el diablo se lanzó al vacío. Desde que ocurrió eso se manifiesta como un chivo café de barba blanca que merodea por el cerro y los vecinos de los barrios de invasión circundantes dicen que Daimon toma forma de gato negro con ojos rojos, otros dicen que en las noches aparece como una garza blanca picoteando entre la inmundicia y las aguas estancadas. Las señoras con más canas y arrugas dicen que normalmente tiene cara de ricachón en auto

deportivo, a veces de playboy navegando un yate rodeado de jóvenes operadas. El demonio, dicen otros, es veces es un cura, un policía, un hampón esperando en la sombra de una playa alejada, o un cangrejo picando el escroto de un amante que interrumpe su polvo furtivo para dar un alarido. Los rumores dicen que El Patas es cada billete que se invierte en placer, no importa cuánto te confieses o te arrepientas. Como todo jefe de estado, Belcebú tiene formas desagradables de burlarse de los que creen se sirven de él: un botella de tequila que resbala de las manos cuando recién comienza la noche, desde un octavo piso, en dirección a una familia que sale del edificio, y uno de los niños emocionados grita de alegría —por última vez— porque van para una pizzería con parque infantil. El Mandinga es la maleta con droga o dinero, la nevera con órganos camino a un trasplante que se desvía por las rutas del mercado negro; es cada turista que viene a comprar masajes, cada padre que alquila su hijo por unos billetes, cada nativo que vende sus principios por un poco más de dinero cada quincena. Samael es dueño del alma de cada fracasado que con mentiras se lleva a una mujer a la cama, porque no tiene huevos ni discurso, solo un poco de basura masticada y tan baja autoestima como la engañada. Cada niño frustrado por su padres frustrados que los regañan todos los frustrantes días de sus vidas, cada niña engañada con fantasías de Walt Disney —el Sr. Crowley moderno— temen y aman a Damián, a Guayota, porque les va a quemar la carne y aspirar el alma por la boca. La corrupción es uno de sus muchos nombres, y como la rata de alcantarilla, está tanto en El Congreso como en El Vaticano. ¿Qué sería de esta fortaleza rodeada de agua salada, si la corriente eléctrica se suspendiera en Semana Santa?

El poder absoluto espera el momento para retomar el terreno y sumergir todo, como antes fue, como nunca debió dejar de haber sido. Vocación de esclava es lo que la

define, por eso unos desfilan exhibiendo lo que tienen y otros silencian con música sus frustraciones y ausencias. La ciudad antigua y los carteles publicitarios evidencian que aún hoy, desearía ser colonia de un amo generoso, que comparta sus migajas y les sonría para sentirse menos ultrajada, uno que quizás le tome cariño y con suerte la posea y le dé un crío mestizo, que no sufra tanto como ella.

### **Luego de la siesta**

El niño y su padre están en la playa. El padre deja a su hijo esperándolo en la orilla un momento, mientras él se lanza de cabeza bajo una ola. Un tronco lo golpea en la cabeza cuando está sumergido.

El niño llora porque siente miedo a los extraños y no sabe qué hacer. Llaman al último número marcado desde el celular del ahogado.

—Señorita, ¿conoce el propietario de este celular?

—Sí, desde hace poco, ¿por qué?

—Un tronco lo mató en Puerto Colombia. Y su hijo estaba con él en la playa.

¿Qué hacemos?

—Yo lo conocí hace unas noches, en realidad no sabría qué hacer. Vivo en Juan de Acosta. Llame a los otros números recién marcados.

—Gracias, ¿desea hablar con el niño?

—Él no me conoce, pero dígame que esté tranquilo, que su mamá llegará pronto y lo cuidará.

A la sombra, luego de unos rones con hielo y limón, entre cabeceos, el padre sueña una tragedia. Esa visión, la conciencia de esa posibilidad, le restó algunos días de vida. El niño corre por la orilla cubierto de protector solar. Su mente fluctúa entre el sueño y la realidad. El padre saluda con la mano a su hijo y el niño corre a sus brazos.

Cuando se van, el padre le dice al hijo que no habrá más playa por un tiempo. Como si las visiones pudieran evitarse. Su plan de playa padre-hijo requiere la compañía de otra persona, en caso de emergencias.

Tuve un sueño horrible, dice, se lo cuenta y sentencia:

—Tenle miedo a la fuerza de la naturaleza, hijo. Aproxímate con sigilo.

— ¿Qué es sigilo?

—Sigiloso es el león que se acerca a su presa por la espalda como un gatito silencioso. Desconfía de los que sonrían de todo y teme cuando te metas de cabeza al agua (el niño se asusta, luego sonrío).

La escoria de Colombia desemboca en estas playas. El río arrastra pedazos de basura a través de todo el país, llegan a las playas de Puerto Colombia con el tamaño de gotas sólidas, roídas por la fricción.

Los humanos van a la playa van a exponer sus verdades. Los gordos sin remedio muestran las consecuencias de sus voraces descuidos, los pálidos y huesudos las secuelas de saltarse las comidas.

Entre lo superfluo del proceder humano se revelan las opciones del futuro:

La mar está agitada, sucia y viene la época de huracanes en el Caribe.

## **Misivas que son testamento**

**3 de Enero. Corral de Indias.**

Donnie, llegué esta mañana al Corral de Indias, y de inmediato fui a buscar mi acreditación, pero no existe, no estoy acreditado para ingresar al «Festival de la reconciliación». Imagino que culparás a la becaria o a la secretaria. Espero que ustedes recuerden que hace veinte años tuve que salir huyendo de este violento país. Donnie, una cosa es asistir a un evento donde hay vigilancia para hombres de Estado y otra muy distinta es estar al alcance de los sicarios en un hotel cualquiera. Llevo doce horas sin salir del hotel, ¿será un problema la cuenta del servicio a la habitación? No me he tomado unas vacaciones en 20 años, creo que la revista puede correr con los gastos.

Especialmente si me mandaron a la boca del lobo, a escribir sobre un evento en el que no estoy inscrito. Hice unas modificaciones del itinerario, espero aterrizar en NY el doce de enero con la primera parte del artículo escrita.

Estoy pensando irme a otra ciudad, no hay razón para quedarme acá encerrado si no puedo entrar al evento. Puedo seguir los acontecimientos a través de la televisión y la prensa. Desde la habitación 1313 que me han asignado podría escribir el artículo, pero ese no es mi estilo.

El corazón se acelera con más facilidad a los 45, y luego es difícil hacer que baje el ritmo, por lo menos en mi caso. Me siento al borde del infarto, y cuando fumo el cuerpo me pide de inmediato unas cervezas heladas en un intento desesperado de evitar una crisis cardíaca. O quizá sea sólo paranoia. De cualquier forma, estoy muy viejo para esto. Ya no soy un periodista de guerra.

Esta tarde me atreví a salir, caminé por las calles más concurridas que encontré hasta la ciudad amurallada. En la playa un buitre comía peces muertos, sobre él revoloteaban aves marinas que buscaban el mejor ángulo para lanzarse en picada en pos de una presa viva. Un par de indigentes dormían sobre la arena suelta de la playa, bajo los cocoteros. Fue una tarde nublada, con brisa fresca. Durante todo el trayecto me siguió una motocicleta con dos tripulantes.

Antes de entrar al hotel el melancólico canto de las cigarras anunciaba las lluvias nocturnas que ahora caen. Desde el piso 13 veo que al otro extremo de la bahía, en el puerto comercial, descargan coloridos contenedores de un buque mercante. ¿Cuántos de ellos vendrán de Liberia?, ¿se harán controles anti ébola en este puerto?

#### **4 de Enero. Santa Rita**

Galatea, hoy llegué de incognito a Santa Rita con un tour de ancianos, voy a pasar el día camuflado entre pensionados. En el Corral de Indias hay gente sospechosa rondando el hotel.

Como mi salud no es buena encajé en este grupo de inmediato. Me ocultaré detrás de unos lentes oscuros y beberé toda el agua de coco con ron blanco que me sea posible. El tour incluye unos recorridos guiados, así que haré ejercicio. Ahora hicimos una pausa para almorzar. Hace un rato, en la playa frente al restaurante, contraté las

manos benditas de Paola, una mulata de cara delicada y labios carnosos que me hizo un masaje de hombros por 20.000 pesos —menos de 10 dólares—. Lo que no pudieron hacer los especialistas lo logró esta mujer. Entre los pescadores que sacaban sus redes cargadas de peces pequeños hubo un intento de velada boxística en la que intervino la policía.

Los vendedores de paseos en lancha ofrecen viajes baratos hasta Playa Blanca, donde la única forma de evitar carbonizarse es alternar la sombra de la carpa con el agua helada. Te juro que es preferible un encuentro con animales de arrecife como la barracuda, el tiburón tigre o los peces león a sentir que tu cuerpo se cuece de afuera hacia adentro. De regreso en El Rodadero paso frente al edificio Guasipungo, donde en el 2010 descuartizaron a unas personas, luego las sacaron en maletas que abandonaron no muy lejos. Es un barrio truculento este, nunca sabes que pasó donde te hospedas. El turista promedio no sabrá eso cuando alquile el espacioso lugar. ¿Podrán los inquilinos dormir en las noches, aun desconociendo lo que allí ocurrió?

No muy lejos de donde nos espera el autobús una familia de indígenas Kogui mastica hojas de coca cerca de la escollera, donde hay un santuario de iguanas. Los adultos Kogui tienen la altura de un niño de 10 años. Pensé tomarme una foto para que los vieras pero ellos creen que las fotografías les roban el alma. Frente a mi hospedaje unas indígenas Wayúu vestidas con prendas amplias y coloridas venden costosas mochilas a la sombra de un trupillo. Negocian sus artículos con los pensionados que estoy viajando.

En las noticias locales informan que unos drogadictos se metieron a robar en la casa de una familia que estaba de vacaciones. La policía los encontró dormidos de la borrachera. Recordaré dejar los licores a la vista, cuando deje la casa sola.

### **5 de Enero. Burning Horizon Resort.**

Donnie, a las tres de la tarde el ritmo de vida en el Caribe cambia. Las criaturas de la noche comenzamos a ver el lado bueno de la vida después de esa hora. La ciudad se mueve a un ritmo más agradable, sigue la esquizofrénica busca del éxito material, pero por lo menos la gente sonríe sin tanto esfuerzo.

El aparato policial desplegado en la carretera incluía lo último en tecnología para la vigilancia: Un dron registrando desde el aire, patrullas 4 x 4 con cámaras detrás de los parabrisas y torretas con ametralladoras calibre .50. Lo que significa que también habría policías encubiertos. Quizás la seguridad diurna espante a los que vienen a delinquir a la luz del día, pero la lógica me lleva a pensar que es en la noche cuando los verdaderos delincuentes aparecerán.

Llegamos al hospedaje a media mañana, nos registramos, subí a mi habitación y desempaqué la botella de ron. Llené un vaso con hielo, busqué el canal de música, subí el volumen, tomé una ducha, me vestí con ropa de playa, encendí el aire acondicionado y bebí hasta que el hambre me hizo bajar a almorzar. En estas latitudes no es recomendable salir sin protección solar. Eran las cuatro cuando entré al restaurante. Me comí un churrasco con mucho chimichurri. Mi hígado procesaba media botella de ron y el dragón de komodo que tengo en la tripa rugía. Frente a mí mesa una señora de unos 40 años devoraba su comida. La turista parecía haber sido atacada por el ecosistema entero. Por lo que llevaba encima pude imaginar a los vendedores de artesanías que le habían hecho probarse de todo «sin costo alguno». Usaba anillos de madera tallada, un juego de aretes y collar hecho con semillas selváticas de colores vivos, llevaba el cuero cabelludo tirante por las trenzas, lentes de sol chinos sin filtro UV, sandalias con plataforma de espuma multicolor y en el suelo, junto a la mesa, un flotador con forma de caimán en tamaño real, desinflado. Mientras masticaba comprendí que la señora de lo insolada que estaba no notaba que en sus axilas parecían carne de langosta hervida y que su espalda parecía carne asada. Un típico caso de insolación asociada al uso del aceite de coco. ¿Se durmió luego del masaje? ¿Le ofrecieron una «pruebita» que luego resultaría en un baño de aceite de coco? Imagino que pagó a precio de Spa, pero como se sintió aliviada de las tensiones lo disfrutó sin remordimientos. La siesta y la insolación fueron cortesía de la casa. Llevaba atiborrado el bolso playero, probablemente de regalos —artesanías y baratijas— para toda la familia. Si estuvo bebiendo cervezas intercaladas con agua de coco, mangos verdes con sal, cóctel de camarones, dulces de coco, etcétera, no es de extrañar que aún su cuerpo no le pasara la factura por el descuido bajo el sol. Se despertará a media noche delirando por la fiebre, deshidratada. Mañana no recordará cuánto se gastó hoy. Una mujer difícilmente

desprecia un ofrecimiento razonable, sobre todo si está sola y la tratan con amabilidad. Los vendedores lo saben.

Al finalizar la tarde los vendedores ambulantes parecen aburridos y ociosos. Pequeños grupos de personas comen en los puestos de comida callejera junto a la playa.

Los más desesperados en venderte sus productos y servicios reaccionan al «no, gracias» más como extorsionistas que como vendedores:

— No sea tacaño, colabóreme.

Al atardecer caminé por la playa, anochece y aún quedaban unas 200-300 personas. Despiden el día y reciben la noche con aguardiente y vallenato; es una vieja tradición. Música sin amplificación eléctrica, solo los instrumentos y quienes los interpretan. Donde sea que pases la noche escucharás el repique de la caja y el llanto del acordeón, la brisa se encargará de llevártelos. La lluvia tenue puede espantar a los más sobrios, pero los ebrios son obstinados, ellos permanecerán bajo las carpas y rogarán por que no sea una tormenta eléctrica.

Sentirse perseguido convierte al hombre en una rata ansiosa por salir del laberinto. Sólo los paranoicos, los psicópatas, los neuróticos y los cínicos pueden adaptarse a este entorno. Estar borracho, o parecerlo, parece calmar a las autoridades. En este país gustan de los turistas borrachos y generosos. No es tierra para rebeldes sin capital. La gente desaparece con facilidad en las madrugadas. Para evitar malos entendidos y evitar ser exprimido por los vendedores ambulantes recomiendo actuar como borracho bonachón. Sonriente y sumiso. Si alguna vez vienes porta contigo monedas de alta denominación cuando salgas a caminar. Si te piden limosna, haz tu aporte y acelera el paso. Si te quieren robar la moneda los desconcertará y eso te dará unos minutos para irte. Recuérdalo, sonríe y continúa andando.

### **7 de Enero. Bellaquería.**

Donnie, estoy en Bellaquería. Opté por no escribir para que no puedan seguirme el rastro en caso de que me hallan hackeado el correo electrónico. Han pasado veinte años desde la última vez que estuve acá, pero las cosas no han cambiado. Los vecinos del barrio donde crecí demuestran lo alegres que están oyendo vallenato, reguetón y bachata a todo timbal. Diagonal a la casa que pertenecía a mis padres, en lo que parece una pensión, varios jóvenes ven videos musicales proyectados en una pared. Beben

whiskey. Un cantante con voz de *castrato* cuenta historias de desencanto e infidelidad. La alarma de seguridad de una casa vecina se disparó hace horas y nadie parece incómodo al respecto. Deben ser las ventanas que tiemblan por efecto del ruido. Cada vez que apagan la alarma se escuchan los aullidos desesperados de los perros mezclados con la música, que proviene, por lo menos, de cuatro fuentes diferentes. Es uno de esos calurosos días en los que el aire acondicionado trabaja a doble marcha.

Los titulares del noticiario hablan de nuevas masacres en México. En el triángulo de Sinaloa los que se lucran de la ilegalidad de las drogas siguen imponiendo la ley del miedo. Hace dos década comenzaron a llamarla «La nueva Colombia». Estoy convencido de que el narcotráfico es un cáncer estatal, se nutre de la doble moral de los gobernantes.

Casi lo olvido, ¿recuerdas que alguna vez te mencioné algo sobre el círculo literario de esta ciudad?, pues casualmente ayer me encontré en un centro comercial con un escritor y un crítico literario. Comían helados como dos viejas chismosas. Me vieron y se hicieron los gringos. No soporto a los hipócritas, a los cínicos, a los pedantes y a los idiotas.

### **8 de Enero. Puerto Serpiente.**

Galatea, en este país es peligroso ser periodista, creo que sólo México y Afganistán llevan la delantera en las estadísticas de muertos anuales. Si trabajas independiente a los intereses de los medios masivos de comunicación no tienes quién te respalde a la hora de investigar temas que puedan acarrear amenazas de muerte, ataques y persecuciones. En un país tan violento e intolerante el precio de una vida parece ser tan insignificante como el valor del alma. Por eso, o cambias tu rutina diariamente o acabas muerto.

En las noticias me entero que en el Océano Pacífico la isla de detritos flotantes resultantes del tsunami de Fukushima llegó, como era temido, a California. Es tan radioactiva que a su paso terminó con toda la vida que entró en contacto con ella. Lllaman a una emergencia internacional, los de protección de la fauna no quieren meter las manos. Los cetáceos, peces y demás habitantes del mar comienzan a acumularse sin vida en las playas de California. El problema de salud pública es aún minúsculo en

comparación a lo que viene en camino, anunciaron un huracán en el Pacífico mexicano, Joy lo bautizaron, y se calcula llegará al Caribe mañana, en algún momento del día.

Hoy, mientras tomaba un zumo de naranja en una frutera llegó un hombre al que le faltaban varios dedos de la mano, al parecer sobrevivió a un accidente. Su piel parecía cera derretida. Su cara estaba medio cubierta por el pelo largo que le crecía sólo en la parte superior de la cabeza, en la coronilla. ¿Cómo pudo sobrevivir a algo así?, ¿cómo no perdió la vista si fue un incendio? Llegó en una camioneta Toyota blindada. Usaba ropa deportiva y zapatos de marca. Era musculoso, lo que me hizo pensar que quizás desarrolló un gusto particular por los esteroides que le ayudaron a recuperarse físicamente. Un tipo alto, hecho de una fibra resistente al fuego, un fisicoculturista con la piel como la de Freddy Krueger.

#### **10 de Enero. La Nevera.**

Donnie, hoy desperté recordando un sueño: Una familia conformada por un padre, una madre y un hijo, se dedican a sembrar marihuana usando el método semi hidropónico de los nativos de los Everglades de la Florida, los Seminolas. La familia tiene un problema, una pareja de hipopótamos llegó hace dos noches por el río desde la Hacienda Nápoles. El padre de familia no les ha quitado el ojo de encima desde entonces, para no dormirse balancea el ron con cocaína. Sabe que si usa la Magnum el cuerpo del animal llamaría la atención río abajo, luego vendrían a buscar al responsable y dañarían su discreto negocio. El tipo considera soltarles los perros, no quiere que se acerquen a sus plantas. Prefiere perder un par de buenos perros a perder su medio de subsistencia. Con esos animales sueltos no ha podido pescar, y sólo le quedan cinco gallinas. Las reservas de legumbres son abundantes y el agua es suficiente, por ahora.

El corazón no late a la velocidad que nuestras manos pueden moverse, y generalmente, nuestras manos no logran poner por escrito el flujo de nuestras ideas. Salvo que teclees muy rápido. Tengo mucho que contar, pero lo dejaré para el artículo.

En los aeropuertos —como en el que estoy ahora— puedes ver como se separan las familias por trabajo y placer. No necesitas tener mucha imaginación para visualizar a los padres irresponsables escapándose a los tugurios, bares y antros, en busca de ocio, vicio y entretenimiento, mientras una niñera calenturienta cuida a sus hijos.

Un vuelo a la capital no debería ser tan traumático, pero con un genocida impune y con curul en el congreso todo es posible. Acá, si un periodista opina, debe ser a favor de los que visten con saco y corbata. Los demás tememos por nuestra vida. El que no elogia es marginado de la logia. Te hacen la guerra sucia, *hackean*, acosan e intimidan con mensajes crípticos. En la sociedad de los miramientos, los contenidos difundidos por los medios masivos de comunicación muestran un ínfimo porcentaje de los hechos que pasan a lo largo y ancho del planeta cada día. Cada noticia presentada tiene el fin de producir algo en la audiencia, de motivar a la compra masiva de algún producto o a influir sobre la abstracta opinión pública.

### **11 de Enero. La Nevera.**

Galatea, la capital de este país se mueve al ritmo de la cocaína. Si el Estado regulara la producción y venta de las sustancias hoy ilegales, podría invertir ese dinero que acumulan las organizaciones criminales, en escuelas, bibliotecas y hospitales. Sería la única forma de acabar con ese mercado ilegal. En cuestión de años se saldaría la deuda externa, habría recursos para invertir en investigación, y un largo etcétera de posibilidades. Parece que sólo los padres de los adictos se preocupan por la falta de control sobre la calidad de las sustancias con las que deciden envenenarse sus hijos. No hay a quién reclamar, al enfermo se lo trata como delincuente y como deshecho humano. Los hipócritas dirán cosas como «se lo tienen bien merecido», lo dirán hasta que caiga alguien en sus familias y no sepan a quien señalar. Ese es el control que debe asumir el Estado, a mi modo de verlo, lo mejor es ofrecerles medicamentos de calidad a unos pacientes educados para el consumo responsable. La mejor forma de humanizar el violento mercado ilegal es convertirlo en ceñirlo a los procedimientos oficiales que establezca el Ministerio de Salud. Las fuerzas militares podrían beneficiarse de los beneficios de la siembra y el ministerio de salud de la comercialización. Así le ganarán la guerra a los narcos y la abstracta «guerra contra la droga» llegaría a su fin.

Cambiando un poco el tema, veo que en la calle los zambos y mulatos tienen conflictos con los blancos y mestizos. Acá siguen primando los músculos, las nalgas y el ruido. No es accidental que la puntualidad y la amabilidad sean vistas como muestras de debilidad. Imponerse es la regla general y el humor humillante es reflejo claro de ello. Entre los gallitos de copetes engominados y de pecho hinchado por el perico se

confunde arrogancia con seguridad. Suelen reunirse a beber whisky en la vía pública en sus vehículos todo terreno, son generosos con el volumen en sus vallenatos cargados de machismo y disfunciones sexuales. Si su padre no le enseñó a respetar a las mujeres ¿qué podemos esperar? El vallenato y el reguetón son los géneros musicales ideales para los misóginos, sus letras son el legado de padres mujeriegos, «sementales» adorados por ese género de mujeres destinadas a ser mantenidas o por el contrario, a ser cabeza de familia. Si nace hombre preñará a cuanta mujer que se deje meter el gol. Si es mujer se buscará uno igual, vivaracho y amigable. Esa es la tradición. Cuando no inviertes en tu perfeccionamiento y estudio tienes que aprovechar cualquier oportunidad de mojar la brocha. En esos ambientes las madres e hijas son monedas de cambio, artículos útiles o inútiles (según sea el caso) que adornan o afean la casa. Para esos machitos preñadores las mujeres son reinas, porque les perdonan las infidelidades como haría una reina que sabe lo que le conviene.

En la sociedad de los miramientos importa más las apariencias y lo que otros dicen de ti, que tu esencia. Nadie habla de la tortura detrás de la creación, ni de la energía y la motivación que necesita un individuo para crear. No lo hacen porque no saben cómo, repiten, imitan, copian, parodian, plagian.

### **12 de Enero.**

Donnie, en el periódico encuentro noticias que por esta época del año se repiten:

Las corralejas de Sincé dejan 25 personas heridas y 18 caballos muertos. El título no menciona el número de toros asesinados. Las cifras no reflejan muertos. ¿Será esa matanza un sacrificio a la Virgen del Socorro, la patrona de la fiesta? Increíble, los vehículos eléctricos reemplazaron a los movidos por combustión interna y aún se sigue con prácticas medievales como esa. Este espectáculo diseñado para sádicos, ofrece trabajo y entretiene a fanáticos del salvajismo que gozan con la destrucción de la vida natural. No basta con matar a los animales, luego de muertos la gleba les salta encima, como homínidos hambrientos. Las graderías llenas de los peones famélicos esperan la oportunidad para saltarle encima al toro y descuartizarlo con sus manos.

Los palcos sirven de atril a los ganaderos rivales que organizan esta demostración de poder y generosidad.

A media tarde se anuncia el ingreso de otro paciente con ébola en Estados Unidos, al parecer contagiado del paciente proveniente de África, aún no se confirma la versión. Se sabe que el infectado trabajaba en un basurero municipal, donde colapsó desmayado. En España se han aislado 52 personas que al parecer tuvieron contacto físico con la auxiliar sanitaria infectada. Al paso que vamos no creo que llegemos al cuatro de julio.

**12 de enero. NY, NY.**

Galatea, el vuelo estuvo excelente, sin turbulencias, fue como estar estacionado durante 5 horas. Llegar temprano al hotel no sirvió de nada, toco esperar hasta las once en el lobby. En la habitación tomé una siesta hasta pasado el mediodía. Cuando venía en el taxi recordé un verso de García Lorca, del poema «New York, Oficina y Denuncia»:  
«Todos los días se matan en New York/  
cuatro millones de patos/  
cinco millones de cerdos/  
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes./  
un millón de vacas/  
un millón de corderos/  
y dos mil gallos/  
que dejan los cielos hechos añicos.»

En el hotel Best Western de Queens donde estoy alojado no hay restaurante ni cocina, por fuerza de tenido que alimentarme con chucherías de la máquina expendedora. La máquina de sodas está dañada y por un dólar recibí tres latas. Mientras comía esta comida sintética me vino a la mente otro verso, del poema Aurora, también de Lorca: «La aurora de Nueva York tiene/  
cuatro columnas de cieno/  
y un huracán de negras palomas/  
que chapotean las aguas podridas.»

Mañana cruzaré el Hudson y nos veremos de nuevo, por fin. Estoy ansioso de volver a casa. Pasaré antes por el Gosfel Park para ver los ciervos silvestres. Luego iré al Mary Ellen Kramer Park, a visitar las cascadas desde las que se sacrificó Peggy Sue. Sabes que es casi un ritual cuando vuelvo a casa.

Este viaje me ha hecho pensar mucho en ciertos detalles que quiero dejar especificados en mi testamento. Luego volveremos a ello. Pero quiero adelantarte la mejor parte: Cuando muera por favor metan mis cenizas en un coco vacío y me siembran en uno de los parques nacionales de Colombia. Si decides hacer una velación asegúrate de reproducir música de mis cinco bandas favoritas, con buen volumen y de manera continua. Dejemos que sea The Doors, Motörhead, Black Sabbath, Led Zeppelin y Pink Floyd los que espanten a los hipócritas y a los fanáticos religiosos. Si te

es imposible cumplir mi voluntad de incinerarme y hacer desaparecer mis cenizas, si te ves obligada a sepultarme asegúrate de que mi lápida diga: «Visitas sólo al caer el sol. En Halloween traer ron blanco.»

### **Escapes que son refugio**

Gregorio siempre fue escuálido y ojeroso. A sus veinte ya usaba sus característicos lentes de cristal verde. En aquel entonces nadie daba un peso por su futuro como escritor, pero eso cambió luego del accidente. Podemos verlo emerger del laberinto de repisas que conforman la biblioteca universitaria. Anochece. Una voz femenina avisa por los altoparlantes que van a cerrar. Gregorio toma su lugar en la fila de préstamos, a su turno entrega dos libros y su carné. A unos metros un guardia intenta despertar a dos jóvenes encerrados en uno de los cubículos. Parecen muertos. El rumor atrae curiosos. Los funcionarios agilizan los últimos préstamos de la noche. La biblioteca cerrará dos horas antes, por primera vez en 20 años, para que el guardia pueda hacer el trabajo sucio sin testigos.

Afuera de la biblioteca Gregorio se distrae viendo una iguana que se baña bajo un aspersor. A la salida de la universidad los guardias de seguridad le revisan el morral, pasa el retén, cruza el puente peatonal. En el bus ve que dos patrullas policiales y una ambulancia se dirigen a la universidad. Eso será lo último que recordará de esa tarde el resto de su vida.

Dos semanas después del accidente, al salir del coma inducido, le dejaron ver el video de seguridad del autobús. Contempló entonces el accionar de la fuerza centrífuga mientras disparaba proyectiles contra los pasajeros: libros, maletines cerrados, computadores portátiles, dispositivos electrónicos, llaveros, monedas, herramientas de los estudiantes de odontología, un par de balones de fútbol. Los pasajeros fueron lanzados unos contra otros, todos quedaron con lesiones serias, tres murieron. Se vio salir del vehículo volcado, luego se sentó a unos metros del bus, en una cuneta. Llevó las manos a la cara, como lo hizo en el video, pero esta vez no hubo sangre. La silueta de un curioso con rasgos de buitre se le acercó como la sombra de Nosferatu y le dijo al oído: «Hay que sacarte eso antes que se infecte». En el video no fue audible, pero él lo recordó vivamente. No hizo ningún comentario. Acto seguido le mostraron el video de las cámaras de seguridad de la clínica: Entró caminando a la sala de emergencias; el taxi en él que llegó es visible al fondo del plano, con el taxista boquiabierto de pie junto al carro. Adentro tomó un turno y buscó asiento al fondo del recinto, junto a una columna, donde perdió el conocimiento. El vigilante lo encontró rodeado de un charco de sangre. Notó que el sangrado procedía del pedazo de fuselaje incrustado en el occipital. Lo ingresaron a cuidados intensivos. El resumen de las lesiones: Rodilla izquierda destrozada, mandíbula rota del lado izquierdo, dedo pulgar del pie izquierdo fracturado. Hombro izquierdo dislocado. Su seguro médico hizo un buen trabajo, a las tres semanas volvió a andar por cuenta propia, con ayuda de un bastón. Los pájaros cantaban afuera del hospital el día que Gregorio salió cojeando ayudado de su primer bastón, uno alquilado, de aluminio. Se sintió animado y decidió caminar un poco antes de tomar un taxi. Permaneció atontado viendo unas ardillas que correteaban sobre los cables telefónicos en dirección a los árboles frutales. Se le salieron unas lágrimas, pensó que no se salvaría de esa.

Durante los siguientes veinte años evitó los vínculos duraderos y los hijos. Luego del accidente aplicó a una beca en el Uruguay, donde hizo un doctorado en literatura. Su tesis fue una investigación sobre Horacio Quiroga, para lo que tuvo que irse a vivir a Misiones durante un año. Desde entonces vive entre Montevideo y Buenos Aires.

La versión de 45 años de Gregorio camina con una leve cojera hasta una puerta angosta de hierro escondida bajo los carteles engomados que cubren una pared. Podemos verlo introducir la llave en la cerradura luego de rasgar los papeles que la cubren. Abre la puerta y sube las escaleras. Una vez cerrada la puerta del apartamento inhala profundamente, disfrutando del silencio. Enciende la luz y exhala plácidamente. Deja las llaves sobre unos libros que reposan en la mesa junto a la puerta al mismo tiempo que los vecinos cantan un gol. El edificio entero parece temblar. Gregorio baja la cabeza y va hasta la cocina. Toma agua mientras los gritos al otro lado de la pared continúan. Va a su habitación, enciende el aire acondicionado y se sienta en la cama a renegar de su suerte. El piso tiembla, los cuadros vibran. Visualiza la familia del apartamento contiguo saltando frente al televisor. Recién se ha sentado en el borde de la cama cuando suena el teléfono. Va hasta la cocina, donde puede hablar, y aprovecha para tomarse un Ativan, la única forma que conoce para dormir sin interrupciones. Aunque nunca haría una cursilería semejante, se imagina comiendo paletas heladas con Natalie, su fisioterapeuta, al atardecer, bajo unos almendros que sirven de resguardo a un cardumen de cotorras. Natalie notifica a Gregorio que no podrá seguir siendo su fisioterapeuta. Se casa con un brasileño y se va a vivir a Bello Horizonte. Le deja el número telefónico de una colega que podrá reemplazarla. Se despide y se va para siempre.

A las tres de la madrugada Gregorio despierta y se sienta a escribir la sinopsis de una historia que acaba de soñar: Un mendigo lleva un diario en un cuaderno hecho con pedazos de papel reciclado. Pide limosna sentado sobre un cartón. Frente a él hay una lata vacía de leche en polvo para recolectar monedas. Se cubre la barba cana y poblada con una pañoleta roja, un sombrero de campesino le tapa los ojos. Habla o murmura, porque la pañoleta se agita y se humedece. Algunos transeúntes desde sus vehículos le lanzan monedas, aunque ninguna cae dentro de la lata. Una tarde el loco es abordado por testigos de Jehová. La más joven del grupo es menuda, con rasgos indígenas, piel cobriza, cabello negro sedoso y largo hasta las nalgas. Lo adopta, lo alimenta y parece que el loco se rehabilita para la vida productiva. Un día cualquiera se le ocurre colocar un anuncio en el periódico: «Hago hijos. Bueno Genes. Absoluta confidencialidad.»

Gregorio escribe frenéticamente. La luz del PC le da un aspecto de trastornado al borde del colapso nervioso. Continúa tecleando con esporádicas interrupciones para reírse de sus ocurrencias: La mujer evangélica se entera de las andanzas del loco y lo abandona. Conoce a un mimo que gusta de los hongos alucinógenos y lo convierte en su nueva obra de caridad. Una noche los atracan mientras caminan agarrados de la mano. El mimo se defiende con revólveres de plata imaginarios. Los apalean hasta su muerte espiritual, pero quedan vivos. Cuatro meses después el mimo tiene que volver a hablar respondiendo llamadas en inglés, para pagar las cuentas del hospital, las fisioterapias, exámenes médicos y las medicinas. La joven creyente justifica el ataque como señal divina y desde entonces hace voto de castidad. «La felicidad es falta de principios o ignorancia ante la geopolítica en curso» escribe Gregorio al final de la sinopsis.

Al entrar a su habitación cree ver sobre su cama las siluetas de dos enamorados, pero se esfuman a medida que él se acerca.

## **Billy Joe Bierce**

### **I**

Billy Joe Bierce despertó con una mueca de sonrisa. Vio las mismas baldosas opacas y desgastadas que había visto a diario durante los últimos veinte años, pero eso no lo desanimó, estaba decidido. Esa sería la última mañana que pasaría en esa casa, su vida, lo que quedaba de ella, sería otra desde ahora. La noche anterior se había tomado un somnífero antes de hacerle el amor a su esposa, no quería pensar, no iba a dejar que la culpa le impidiera un final digno. Él ya no sentía los efectos del somnífero, pero si lo incomodaba una migraña cegadora. Su cerebro le pedía un café y un acetaminofén, pero sabía que esa combinación sólo empeoraría los síntomas. Buscó la pastilla y fue a la

cocina a bajarla con agua. Al regresar notó que su esposa dormía profundamente, a pesar de que eran las 7:15. Billy Joe comprendió que los fluidos sexuales que la inundaron anoche anterior estaban saturados de sedantes.

La miró, sabiendo que no despertaría en un buen rato. El plan salía mejor de lo planeado, sin dramas. Ella dormía como un ángel. Eso le facilitaba las cosas, sentía alegría de irse porque así les evitaría el dolor de presenciar su degeneración física y mental. Le daba tristeza tener que dejar todo atrás, no había rabia, pero se sentía frustrado ante la certeza de no poder remediar lo irremediable. No iba a botar el dinero en quimioterapias, prefería dejarle los ahorros de toda una vida, eso por lo menos ayudaría a su familia un par de años. Por eso se sentía tranquilo, ésta era la mejor salida.

Mientras se ataba los cordones de los zapatos deportivos sonrió viendo el trabajo de los polinizadores que revoloteaban sobre las flores de pétalos magenta de la *bougainvillea*.

Aunque esa mañana se despertó más temprano de lo habitual no fue al gimnasio, ya no tenía sentido. Una semana atrás durante los carnavales se había desordenado con todos los juguetes, la celebración alcohólica duró tres días, sus familiares lo dieron por muerto. A Billy Joe ya le habían dado la mala noticia, así que no sintió remordimientos. ¿Para qué iba a seguir cuidando su cuerpo si la muerte le respiraba en la nuca? Le habían hablado de unos rituales chamánicos milagrosos y lo que le quedaba de vida lo pretendía dedicar a buscar remedios naturales. No iba a engordar más al obeso especialista con rinitis crónica. Prefería terminar muerto en la selva, como su abuelo, antes que morir en una clínica, conectado a todo tipo de aparatos. Si había alguna esperanza de seguir con vida no la encontraría en la monótona existencia que lo estaba carcomiendo.

Desde que el oncólogo le dio la noticia entendió que la vida no le alcanzaría para vivir todo lo que planeaba hacer “cuando le dieran la pensión”. El futuro de sus hijos ya no estaba en sus manos. Dos meses de vida no le alcanzarían para nada.

Las últimas semanas Billy Joe evitó llegar temprano a su casa, para no tener que disimular su cara de angustia. Sabía que su esposa leería la inquietud en su rostro. Sentía que las cosas no funcionaban bien en sus órganos, aún sentía fuerzas para sonreírle a su mujer. Quería recordar su cara sonriente, no quería verla arrugarse de

amargura llorando por su degradante fin. Prefería hacerle creer que la había abandonado, para que la rabia le hiciera encontrar un reemplazo pronto. Siempre hay un amigo fiel esperando este tipo de eventos para ocupar el lugar del marido ingrato.

«Hay que estudiar y superarse» se repitió Billy Joe cada mañana, durante veinte años, cuando apoyaba sus manos en las rodillas antes de levantarse de la cama. Esas fueron las últimas palabras que su abuelo le dijo la noche antes de perderse en la selva; él tenía 10 años. Ahora él tampoco se iba a quedar esperando a que la muerte lo corroyera. Volvió a mirar Silvana. Dormía abrazada a dos almohadas. Billy le descubrió la espalda y las nalgas. Silvana sonrió adormilada. Billy Joe recordó el cañaveral de guadua amarilla junto al riachuelo de corriente fría, en la Sierra Nevada, aquella primera vez que la amó. Creyó respirar de nuevo el aire de esa fría madrugada, el olor del monte cubierto de rocío. Revivió el arrullo sibilante de las hojas del bambú frotadas por el viento, el rumor del agua del riachuelo filtrándose hasta sus mitocondrias. Creyó sentir el aire frío entrando por sus fosas nasales. Recordó a Silvia acostada junto al guadal, a medio lado, con una pierna ligeramente adelantada.

Después de tantos años ella seguía durmiendo igual y él seguía viéndola con los mismos ojos. Se desnudó en silencio, la besó detrás de las orejas y en el cuello. Silvia despertó sonriente. Se amaron como sólo ellos sabían hacerlo después de tantos años explorándose mutuamente.

Tras la ducha juntos Silvia le preparó cuatro claras de huevo revueltas con tocino y sofrito de pimentón, cebolla y tomate, sirvió la tortilla resultante dentro de medio pan francés, le añadió unas hojas de cilantro fresco picado. Lo acompañó con un vaso de bebida de soya con sabor a fresa. Billy Joe comió su desayuno saboreando cada bocado, sus feroces tripas tenían menos remordimientos que su cerebro. Para lágrimas ya habría tiempo.

Silvia creía que en las mañanas nubladas ocurrían más desgracias, pero no lo mencionó para no ser negativa. Se acercaba una tormenta, los truenos la anunciaban.

Esa mañana, poco antes de salir, Billy abrazó a su mujer. Ella sintió la erección contra su estómago. Metió la mano en el pantalón, le apretó el miembro palpitante y sus lenguas calientes se enredaron en un beso lubricado con años de práctica.

Ella lo eligió a él y él le estaría eternamente agradecido por ello. Pero tenía que irse, antes que la situación se volviera una pesadilla. No quería que ellos lo vieran degenerarse, o que tuvieran que cuidarlo en su convalecencia. Prefería pasar por egoísta, que pensarán que los había abandonado. Antes que ser un ente delirante al que cambiarle los pañales cada dos horas prefería ser libre de morir lejos de ahí. Billy Joe no podía cambiar la situación, pero si podía adaptarse. Abandonó su hogar a las 8 A.M. Se dirigió a la empresa donde trabajaba, siete días atrás había renunciado y solicitado su liquidación. La familia se enteraría luego de que había consignado el cheque en la cuenta de ahorros de Silvia. Llevaba dos décadas trabajando ahí, lo que significaba que la cifra rondaba los cincuenta millones de pesos, unos 20.000 dólares. En los videos de seguridad que las autoridades estudiaron vieron a un tipo cabizbajo, sin muestras de impulsividad o rabia. Incluso conversó amablemente con un par de ingenieros jóvenes que lo saludaron.

Al salir, Billy Joe dobló su cheque, lo guardó en el bolsillo de la camisa y salió caminando con rumbo desconocido.

## II

Billy Joe había nacido en un campo de refugiados al que habían sido trasladados los sobrevivientes de la inundación tras la ruptura del dique. Su madre tenía 16 años, su padre tenía 19. Ella era nativa y el padre era parte del equipo internacional de la Cruz Roja que ayudó a atender a los damnificados. En los ires y venires del desastre se enamoraron, ella quedó embarazada y él se regresó a su lugar de origen. Billy Joe lo conoció por fotos. Creció deseando conocerlo, pero nunca regresó.

En el campamento de La Loma era habitual que a eso de las 4 P.M. comenzaran a recogerse. Era bien sabido que la creciente había liberado de los zocriaderos vecinos a cientos de caimanes, incluyendo varios ejemplares adultos. Durante las noches merodeaban los perímetros del campamento buscando presas fáciles. Los perros habían sido exterminados, varios niños habían desaparecido, junto con los ancianos, los puercos y las gallinas.

Billy Joe tuvo que madurar apresuradamente. Antes de dormir, en vez de rezar, reflexionaba. Sentía que había sido elegido para grandes designios, que podría alcanzar lo que se propusiera. Nacer en un lugar donde criaturas salvajes depredaban durante la

noche significaba para él que podría sobrellevar las minucias del mundo humano. Era una edad particularmente apta para dejarse influir en su conducta, por lo que escuchaba con atención a los mayores.

Al cura le oyó decir que el desastre era la consecuencia natural de los pecados carnales de los «machitos preñadores», a la indiferencia de los comunistas ateos y a la liberación femenina de las mujeres devotas. En las misas dominicales teorizó más de una vez sobre porque las pocas mujeres centradas se habían ido primero, seguidas de las ambiciosas. Las mal casadas, las mujeres mayores, las enfermas, las mantenidas y las conformistas se habían quedado. Algunas buenas se habían quedado, afirmaba, pero eran la excepción a la regla. Lo decía sosteniéndole la mirada al grupo de señoras que se encargaban de organizar actividades con el fin de recolectar fondos para cubrir con los gastos del cura. Desde el púlpito hecho con pallets, bajo la carpa que hacía las veces de capilla, cada domingo el cura descargaba reflexiones filosóficas que pocos toleraban. El tono empeoró cuando ciertas familias pasaron de vender huevos de gallina, huevos de iguana y ciruelas, a alquilar a sus hijas. Se sabía que camioneros estacionados en la gasolinera donde funcionaba un motel eran los que financiaban el negocio. Las malas lenguas hablaban de siete niñas prostituidas por tres familias. Los niños, sus compañeros de clase, eran los primeros en notar la ausencia. Les contaban a sus padres y así comenzaba a rodar la bola de nieve.

Billy Joe solía vender huevos de iguanas que el mismo cazaba después de salir de la escuela. Era muy independiente, en comparación a muchos niños que se iban directo a su casa después de la escuela. Billy Joe llegaba a su casa, se quitaba el uniforme, se ponía ropa fresca y salía al monte. Su mamá trabajaba día y noche decorando delantales con pintura acrílica para venderlos cada domingo en los mercados campesinos de la ciudad. Para ella era una bendición que Billy Joe fuera tan autosuficiente. Ella había pasado por fases depresivas al reconocerse como una madre ausente que debía trabajar el doble para cubrir con sus necesidades. Dormía cuatro o cinco, a veces menos, y cuando no estaba sentada trabajando, estaba de pie cocinando o haciendo labores del hogar. Nunca le prestaría la atención requerida al niño, ambos lo sabían, su familia no era como las demás. Su mamá nunca abandonaría esa casa con

piso de cemento y techo de láminas de zinc, mucho menos su forma honesta de ganarse la vida. Ella nunca se movería para ir a buscar nuevos horizontes.

La última tarde que pasó en su lugar de origen estaba junto a la carretera vendiendo huevos de iguana. Un Audi R8 pasó zumbando y le dio un susto de muerte. La adrenalina que le produjo aquello le hizo pensar que él también debería encaminarse a Bellaquería, donde estaba el dinero y las oportunidades. Él quería conducir automóviles así, vivir la buena vida antes de morir. Lo pensó unos minutos, contó las monedas que llevaba en sus bolsillos y calculó que al conductor del bus podrían interesarle unos huevos de iguana a modo de compensación por el valor del pasaje. Se subió en el primero que pasó y no miró atrás. Pensó que le hacía un favor a su madre al liberarla de las responsabilidades económicas. Podría buscarse un marido, tener una familia, comenzar de nuevo. En Bellaquería pasó la noche en el umbral de una iglesia del centro de la ciudad. Despertó al amanecer cuando lo orinó un perro. La emoción de comenzar una nueva vida hizo que se levantara con una sonrisa, a pesar de que le habían robado los zapatos.

Eran muy diferentes las razones y los motivos de ambas partidas.

En su última mañana en Bellaquería, mientras se alejaba de su mujer e hijos no pudo contener las lágrimas cuando los recuerdos se le arremolinaron. Billy Joe recordó al viejo Diógenes, un vecino del pueblo que los domingos solía vender miel de abejas silvestres en la carretera. De lunes a viernes trabajaba cargando costales con frutas y hortalizas en la central de abastos. Diógenes fue la última persona que vio antes de dejar su pueblo. El anciano venía cabizbajo, aunque usualmente caminaba sacando pecho. El niño Billy Joe vio algo negativo en su actitud y le preguntó que pasaba.

-Niño, hoy no pude con un saco de papas. Intenté llevármelo al hombro, algo de todos los días. Fue como si la realidad me hubiera dado una bofetada. Estoy viejo, y lo que es peor, acabado, he elegido por estilo de vida una actividad que implica fuerza y ahora que se me fue la juventud estoy jodido. Intenté llevarme el saco al hombro media docena de veces y no pude. Para rematar, mientras me reponía del golpe, un muchacho de veinte años -que había estado mirándome con un cigarrillo en los labios- subió al camión tres sacos de yuca y unas cajas con tomates en menos de cinco minutos.

Billy Joe pensó que el viejo iba a llorar, pero en cambio el anciano se despidió como los militares; en la mano llevaba dos rasuradoras desechables. Dio cinco pasos, y antes de irse se giró para pronunciar unas últimas palabras:

-Te voy a dar un consejo gratuito: Cuida lo que comes, con quien te acuestas y sobre todo, pregúntate por qué haces lo que haces. Si comienzas a comer porquerías te ganarás una barriga con facilidad, y luego, muchacho, será difícil perderla. La panza quita fuerza, reduce la capacidad de reacción -hizo una pausa para agregarle dramatismo a sus palabras- en este mundo sólo sobreviven los más aptos. Elige una buena mujer, que te ayude a salir adelante, no una que te utilice para sus propios fines. Para que lo sepas, después de los 20 viene la decadencia, así que no esperes demasiado de la vida. Son escasas las buenas mujeres.

Hizo una reverencia teatral, giró sobre sus talones y siguió caminando hasta perderse de vista para siempre. Poco después de la lección gratuita Billy Joe sintió el impulso de subirse al autobús y dejar La Loma en el pasado.

Su madre nunca superó la desaparición, pensó que lo habían secuestrado, o que los paramilitares lo habían reclutado. Le esperó dos años, luego la depresión la empujó a meterse a un jagüey infestado de babillas. Él nunca conocería esa historia. En su mente la imaginó formando una nueva familia.

Él seguía siendo el mismo niño aventurero y solitario que escapó de casa aquella vez. Sabía que sus hijos podrían ayudarle a la madre, como él ayudó a la suya. Él a su edad ya aportaba al presupuesto familiar. Él, él, él. Él ya no iba a estar, así que mejor ni preocuparse. Contaba con que los cinco años de Judo que les había patrocinado a sus hijos varones sirvieran de algo. Confiaba que sabrían hacer lo correcto. Él necesitaba despedirse del mundo con dignidad. No había tiempo para sentimentalismos, no iba a esperar la muerte en una cama, dando lástima a todos, perdiéndose de vivir al máximo antes de explotar carcomido por el cáncer de páncreas.

Desde que le dieron la noticia, dejó de disfrutar los combates de lucha libre mexicana que tanto le divertían. Eso le hizo ver que ya nada sería igual, que la vida había perdido la gracia. La noche anterior a su partida volvió a ver la pelea entre Hulk Hogan y The Rock in Wrestlemania, un clásico de 17 minutos que le hizo olvidar por un

rato sus preocupaciones. Luego fue a trotar. Dio cinco vueltas al parque. Hizo 20 minutos de *muscle ups* en la barra y media hora de paralelas. En su casa se tomó las capsulas de aminoácidos y las acompañó con media piña dorada cortada en cubos cubiertos de azúcar. Tomó una ducha y se acostó con una sensación extraña en la espalda baja, ahí fue cuando decidió tomarse el somnífero.

A la semana de la desaparición el oncólogo llamó para saber porque Billy Joe no había regresado a sus controles. Fue entonces cuando Silvia se enteró de los detalles. Al colgar ella llamó al cura del barrio, el Padre Ordéñese, para que rogaran por el alma de su esposo en la misa del domingo.

### III

Billy Joe armó la carpa y rodeó su campamento con cintas de casete. Decía que así espantaba a los burros. Cenó unas salchichas enlatadas y unas galletas saladas. Masticó concentrado en una fogata distante, al extremo de la bahía.

A media noche subió con un grupo de personas a un promontorio rocoso, donde se celebraría la ceremonia. Entorno a la fogata, cada persona tenía asignados un baldes y una bolsa para dormir. Veinte minutos después de beber el brebaje amargo comenzó a ver todo como una ensoñación. Las imágenes fueron tan poderosas que tuvo que cerrar los ojos, al abrirlos de nuevo descubrió que estaba rodeado de monstruos deformes que vomitaban y defecaban. El chamán agitó sus plumas con una sincronización que a Billy Joe le produjo vértigo y no pudo contenerse, vomitó y defecó como nunca antes. Por su boca vio salir serpientes, lápices y clavos. En sus heces aparecieron sapos, cucarachas y ciempiés. Aquella noche sintió que había expulsado toda su podredumbre. Creyó morir y renacer. A la mañana siguiente el grupo fue a la playa. Luego de almorzar, empacaron. Tomaron el bus que habían contratado y siguieron su peregrinaje. Unas semanas después tendrían otro encuentro en Machu Pichu, dónde los esperaba otro chamán, otras sustancias, otro renacer.

## Encierros ornados

En la capital de la montaña siempre llueve, generalmente durante la noche o en la madrugada.

La vitamina D del Sol intensifica los colores de la vegetación. Día y noche baja neblina de la cordillera y agua por las quebradas, en cuyas márgenes se aferran a la tierra los eucaliptos, ceibas, guayabos, guaduas, bambúes, pinos, naranjos, laureles, mangos y almendros tropicales, bebedores acostumbrados al rocío tóxico.

### I

Silvestre lee *Poética* de Aristóteles mientras escucha el único CD que tiene: *Sinfonías* de Mozart, interpretada por músicos con nombres recargados de consonantes. Tendido en la cama parece abarcar su pequeña celda, de tres por dos metros. Mira hacia donde reposa su bonsái de tres años de edad. Abona su tierra con pedazos de corteza de un árbol de corcho, que una guardia le trae del pabellón de mujeres. También se preocupa por las salamandras, a las que alimenta con insectos que captura en el patio de ejercicios. Es su entretención nocturna. Desde que está en aislamiento el tiempo pasa a otro ritmo. Nadie interrumpe sus lecturas y meditaciones, excepto cuando lo sacan a ejercitarse y a comer.

En los diez años que lleva encerrado se ha acostumbrado al silencio, en contraposición a los gritos maniáticos permanentes de su difunta mujer aquello era el paraíso.

Se asoma a la puerta de su celda, a través de la pequeña ventana de seguridad ve pasar a una de las psicólogas jóvenes.

## II

Una mujer tejida de dolor entra a un bar para cicatrizar sus heridas. Pide un trago de tequila. En la televisión pasan un documental de víboras. Hacen un acercamiento a un ave multicolor que toma un baño en la fuente de una hacienda, a las afueras de Río de Janeiro. Bebe el tequila justo cuando la víbora ataca, medio sumergida en la fuente. Mientras ella come limón con sal la víbora engulle a su presa. Desvía la mirada de la pantalla y pide otro. En la pantalla vemos un primer plano de la víbora roja con amarillo. Luego se retira con pesadez por entre los arbustos de cayenas rojas. Una voz grave contextualiza: «Es la Mapaná —*Bothrops Atrox*—».

Otro trago llega. Karen prueba la sal, bebe el agave líquido, chupa el limón. Llama su atención una calcomanía pegada detrás del bar: <<I (corazón) to Fuck>>. Se acomoda en la barra, saca un cigarrillo, y sin poder romper el hábito, lo enciende.

La anaconda deslizándose bajo el agua del río Amazonas hizo que el barman cambiara de canal. Dejó un partido de tenis.

Karen termina su cigarrillo y mientras busca el dinero para pagar la cuenta un hombre joven se marcha del establecimiento.

## III

Luis se gana la vida colgado de un andamio. Pinta paredes en el nuevo centro comercial que aún no se inaugura. Son casi las 6 P.M. y tiene que llegar a casa a cuidar sus niños. Su esposa, con quien tiene serios problemas de convivencia, comienza su turno nocturno como aseo en un motel elegante a las 8 P.M.

A ella no le gusta el tufo a cerveza rancia, pero no puede evitar recurrir a la forma más inocente de anestesia. Cuando llegue a casa «La Tigra» estará demasiado ocupada alistándose para salir como para armarle problemas, pero sabe que temprano en la mañana, cuando ella regrese del trabajo, tendrán una discusión mientras toman el primer café del día. El desprecio que ella manifiesta sugiere que tiene un amante más joven.

En el bus Luís piensa en la serpiente de cascabel —*Crotalus*—. En su pueblo les cortan la cabeza con machete, pero a la víbora con la que convive y que le envenena el alma no puede decapitarla. Desde la cárcel no puede cuidar a sus hijos.

El bus en que va Luís pasa junto a un parque solitario por el que transita un tipo con botas amarillas y caminado de ganso.

#### IV

Octavio da la última calada al cigarrillo de la risa, por sus audífonos inalámbricos suena *Wu tan clan*. Atraviesa el parque usando el sendero de arena formado por un caudal de lluvia. Cerca de una banca en la que duerme un vagabundo pisa una rama seca, el loco escapa tan rápido que no hay tiempo de explicaciones. En las proximidades una ardilla huye de un perro callejero, unas tórtolas elevan el vuelo hasta una de las palmeras de tallo espinoso. Octavio apaga la música y se sienta en la banca. Sobre él cuelga una rama quebrada por la brisa, un panal de avispas y sus molestos habitantes. El azar busca un ganador.

Nameli llega puntual a la cita. Lleva puesto un pantalón de mezclilla expandible, desteñido y ligeramente rotos —de fábrica— en las rodillas y las nalgas. Sus zapatos de plataforma le hacen ver respingado el culo, pero no fueron hechos para caminar en tierra suelta. Se dan un beso desapasionado, hay mirada resfriada en los ojos de ella, una actitud evasiva en el lenguaje corporal de él.

-Corazón, vamos a comer algo rico, en el *Mall Averno* abrieron un restaurante japonés —tomó un respiro para mirar en derredor— y va siendo hora de que nos dejemos de encontrar en este parque de mala muerte.

Lo dijo con el acento dulce típico en las mujeres de Ciudad Jardín y sus alrededores. La noche anterior uno de sus clientes habituales le pagó por conversar al desnudo. Gastar es su forma de olvidar el cuerpo fuera de forma con el que estuvo manoseándose en la suite Michael Jackson del motel Neverland, cuya entrada parece poblada de plantas alienígenas: largas como cañas, con copetes de estopa. Entre la vegetación, a la luz del cartel neón, una figura animatrónica se asoma semidesnuda, con la cabeza rapada; tiene la lengua afuera y se aferra sus tobillos. Una máquina que rememora a Popeye la sostiene por la cadera. Repiten una secuencia mecánica que simula el coito, sus párpados metálicos entornados parodian el placer manifiesto.

En taxi van al *Mall Averno* enclavado en la montaña. En el restaurante japonés toman sake. No dicen nada antes, durante o después de la comida. Su relación viene enfriándose desde hace meses. Él está saliendo con una nueva amiga. Nameli no pierde el tiempo pensando en esas cosas, pretendientes sobran.

Tras la cena van supermercado y al apartamento. Sus vecinos los ven como un matrimonio ejemplar de jóvenes trabajadores. Como cada noche, su apartamento moderno, pequeño y antiséptico los recibe con fría oscuridad, esa bóveda para almacenar activos pide ruido, voces de niños.

Octavio hizo la compra pensando en la anciana andrajosa sentada a la mesa, afuera del restaurante japonés. Su nombre, Brígida. Tiene Alzheimer y espera un pedido que nunca hizo. Hace semanas salió del hogar geriátrico en un descuido del personal y desde entonces vaga por la ciudad, sobrevive gracias a la caridad de los buenos samaritanos. A los hombres con bigote los confunde con su hijo Juan, muerto en 1990 en uno de los tantos atentados ordenados por «El Patoco», durante la guerra entre carteles por el control del negocio de la cocaína.

Los que ocupan las mesas circundantes parecen asqueados, algunos cambian de puesto con nauseabundo desdén, entre ellos Daisy.

## V

Daisy bebe vino espumoso con los ojos cerrados, está semi sumergida en su tina tibia; las sales de baño hacen efervescencia. Masajea su pubis recién afeitado perfumado con *Miss Dior chérie L'eau*. Piensa en Leonor.

En su estudio de artes plásticas Leonor disfruta de la soledad como si se tratara de un bálsamo reconfortante y clarificador. Medita sobre el resumen de noticias semanales del Canal Escorpión: Gente desesperada después de un deslizamiento de tierra; nuevos muertos por la H1N7, ébola, gripe aviar, chikungunya; más casos de microcefalia asociados al zika; barbudos radicales con turbantes destruyendo el patrimonio histórico y cultural de la humanidad; accidentes aéreos; terremotos a lo largo y ancho del planeta; alertas de tsunamis; volcanes marinos retando a los cartógrafos y los chinos también creando nuevas islas; accidentes absurdos en las carreteras al regreso de un puente festivo; jugarretas políticas cada vez más cínicas, incluyendo el sabotaje de las iniciativas de paz y la elección de presidentes usando postverdades —mentiras

noticiosas que acrecentan el miedo entre los electores—. En la sección de farándula mostraron fragmentos de un desfile de anoréxicas semidesnudas sobre una pasarela angosta como raya de cocaína.

Cerca de la media noche Leonor comió ensalada con pollo BBQ y se sentó a trabajar un lienzo de diez metros cuadrados: una imagen hiperrealista en la que gallos, gallinas y pollos se alimentan de una plaga de langostas. La obra estará completa cuando coloree el estanque en el que los peces koi, blancuzcos y anaranjados, hacen un festín con las langostas. Hasta donde alcanza la vista el paisaje estará cubierto de insectos alados. Los árboles estarán deshojados y las plantas parecerán muertas.

Daisy fue *stripper* y *lapdancer* a los veinte, cuando estuvo aprendiendo inglés en New Jersey. Tuvo un novio italoamericano cuyo fetiche eran las bailarinas exóticas. Ella tomó un curso para aprender *pole dancing*, él lo pagó. Así comenzó.

A sus treinta sabe que ni todo el gimnasio del mundo cambiará la apariencia de ciertas partes de su cuerpo. Ella compensa la juventud perdida con lencería *Agent Provocateur* y con cremas reafirmantes.

La combinación de vino, sales de baño y ABBA la sumen en un estado extra corporal del que desearía no salir jamás.

La música es audible al otro lado de la pared, en el baño de Federico.

## VI

Federico reposa luego del ejercicio, está sentado en un sillón junto a la ventana desde donde puede ver la calle; vive en el quinto nivel. Come mango verde con sal y limón, mira por la ventana, hacia la calle. Piensa en el entrenamiento de Ninjutsu, arte marcial que cambió su vida.

Un perro aúlla encerrado de una de las casas vecinas, el llanto sube por la parte posterior del edificio, entra por la ventana de la cocina e inunda el silencioso apartamento. Su dueño, un viejo solitario, parece más animal que el perro. Se va al trabajo temprano en la mañana y lo deja encerrado. Lloro todo el día. Federico a veces piensa que el perro puede estar sofocándose. Los vecinos han llamado a la sociedad protectora de animales, pero hasta ahora no han podido remediarlo.

« ¿El perro estará triste?, ¿tendrá hambre?, ¿o será que ABBA lo está enloqueciendo también? » se pregunta Federico mientras ve pasar por la calle un carro verde neón.

## VII

Paola conduce en dirección a El Patio Gonzo, el bar clandestino donde se reúnen los hijos de Huxley y Crowley. Cambia de CD. Se reproduce *Yer Blues de Dirty Mack*.

—... Piropos iban y venían. Creo que me sonrojé, él me invitó a tomar algo «si novio me lo permitía». Entendí que lo decía para medir mi reacción, así que le respondí que cualquier tarde podría ser, que mi novio no era mi dueño. Sonrió mirándome como un depredador a su presa. A mí me encantó aquello, se creía en control de la situación. Le dije adiós, con la esperanza de que vuelva a buscarme.

Su interlocutora sonríe. Atraviesa una ruptura sentimental y no tiene deseos de hablar. Permanece callada. Alexa es morena, usa una boina negra para recoger su cabello castaño. Lleva tatuada un hada en la nuca, tiene las uñas pintadas de púrpura y decoran sus lóbulos unos largos pendientes negros terminados en semillas selváticas de un rojo brillante. Para ella nada está oculto, su capacidad de observación es desconcertante. Los conocidos saben de sus momentos taciturnos; para los desconocidos supone algún grado de autismo. Alexa tiene treinta años y un grado en criminalística. Es la creadora de una saga de novelas policíacas y de un poemario sobre relaciones corrosivas: *Muffin de Ponzona*.

Tras estacionar, Paola desabrocha su cinturón, enciende un cigarrillo y termina el relato de los hechos. Abandonan el lugar a la media noche, bromean al respecto. La ciudad parece territorio exclusivo de taxistas sabelotodo que no respetan ninguna. Después de las 23 los semáforos en rojo son ignorados metódicamente. En noches así los atracadores en moto aprovechan cualquier oportunidad para meterse en los entresijos de la ronda policial.

Compraron Chop Suey para llevar al apartamento.

Afuera del edificio Alexa notó que en el vivero colindante rondaba un anciano vestido con pijama.

## IIX

Listo Clavicémbalo es el propietario del vivero Tierra Roja. Por las noches deambulaba por su predio fumando cigarrillos sin filtro, con los ojos cerrados y los brazos extendidos. Habitualmente su ronda suele concluir cuando rocía las plantas de llantén con el jugo de sus riñones. Aliviado vuelve a la cama, donde lucha con mosquitos imaginarios. Sólo entonces se sumerge en el amasijo de imágenes inconexas de los sueños. Es recurrente la fantasía en la que una avioneta cargada de serpientes del Putumayo se estrella en su patio. Sueño que no llega a ser pesadilla porque siempre termina igual: unos ladrones entra a robar macetas de barro cocido y se llevan una venenosa sorpresa.

Esa noche, la luz de la luna sangrienta se refleja en la superficie de la fuente. Listo pasa frente al hibernadero de las orquídeas, con los ojos cerrados y los brazos extendidos, siguiendo la ruta habitual hasta que un chapoteo lo distrajo. Al estirar su mano recibe una mordida, el veneno de la serpiente boca de algodón lo despertó de inmediato y lo impulsó a buscar ayuda. El aguacero arreció.

En la capital de la montaña siempre llueve, generalmente durante la noche o en la madrugada.